76

S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAI POLICE

ASESINO DEL TIEMPO



J. GARLAND ASESINO del TIEMPO

SIP

ASESINO DEL TIEMPO



Asesino del tiempo

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 16.568 - 1961

Número de Registro: 4.058 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



ARLO Bonetti era un joven italiano, recién ingresado en la Patrulla Volante de la Policía Espacial.

Los crímenes espaciales, los casos espectaculares y los enigmas que él podía resolver, distaban mucho de encontrarse fácilmente. Y aún en el supuesto de encontrarlo, Carlos Bonetti debería haber recordado, que un asunto delictivo de cierta importancia y de jurisdicción espacial, pasaba inmediatamente a las oficinas centrales de Washington, al Departamento rector de la poderosa «Spacial International Police», que todo el mundo conocía por sus siglas, símbolo de justicia, de legalidad y orden en la Tierra y en los espacios siderales, hasta los cercanos mundos colonizados o pisados por el Hombre: la SIP.

Allá, en Washington, un hombre excepcional, el cerebro de la SIP, se hacía cargo inmediatamente de todo caso difícil y pasaba la misión investigadora a sus hombres especializados... o ponía en marcha la más violenta e implacable misión de justicia rápida, apelando al temible Servicio de Ejecuciones de la SIP. Los miembros de ese Cuerpo tenían por única misión localizar a quién o quiénes hubiesen matado a un agente de la SIP y hacer justicia inmediata, matándoles sin juicio previo, con sus propias manos.

Todo eso no lo pensaba Carlo Bonetti, mientras tripulaba su pequeña nave aérea, de la Patrulla Volante. Soñaba con el caso que podía hacerle notable, que podía llevarle a descubrir a un oculto y peligroso delincuente.

Por eso se había hecho policía. Por eso pasó las duras pruebas, para convertirse en agente y vestir aquel uniforme brillante, plastificado, en colores azul y blanco, con su número de placa sobre el escudo plateado del pecho y de su casco espacial, y la pistola de cargas explosivas colgando de su cinturón dentro del brillante estuche de plástico blanco.

Para Bonetti, aunque era un muchacho arrogante y su uniforme le había hecho ganar nuevas admiradoras, eso no lo era todo. No fue por simple fotogenia o presunción por lo que se hizo policía.

Y quería demostrarlo a toda costa. Sólo que la suerte no le había sido propicia. Si es que podía existir una suerte capaz de enfrentarse a un caso realmente serio, a los veinte días de ser agente de la F. P. o «Flying Patrol» del Departamento Espacial de Seguridad Civil.

Bonetti, adscrito al Precinto del Espacio 132, situado en El Cairo, estaba terminando ahora su patrullar habitual y se sentía algo irritado.

Después de esta tarea rutinaria, al volante de su pequeña nave patrullera de aguda y esbelta carrocería, numerada y rotulada con la insignia oficial de la Seguridad Civil, le tocaría volver a la Base y estar en tierra cuatro días. Al quinto, volvería a entrar en servicio de patrulla. Hasta entonces, adiós sus esperanzas de encontrar un auténtico caso criminal, un choque con la delincuencia en el espacio...

Carlo Bonetti respiró, resignadamente. Después de todo, no podía pedir milagros, se dijo, consultando su reloj. Ya iba siendo hora de regresar a El Cairo. Su patrulla habitual terminaba.

En el minuto preciso viró la pequeña nave. Inició el regreso a la Tierra, desde su línea orbital a una distancia aproximada de diez mil millas de la Tierra. La luna, grande y blanca, nítida, pasó desde su visor frontal a quedarse como remolcada a popa.

Desde allí, los parajes lunares, desérticos y volcánicos, ofrecían claramente su configuración. Y en ellos, como pequeñas manchas más oscuras, los bloques urbanos edificados por el hombre: Luna-Término, Luna-City, Luna-Base... A veces, casi se apreciaba el centelleo de sus envolturas plásticas, que conservaban el aire artificial, imprescindible para la vida sobre el satélite terrestre.

Carlo Bonetti no podía saber que, al virar su nave, estaba dando el primer paso hacia el soñado caso criminal.

Pero mucho menos aún podía imaginar que el problema con el que se encontraría muy pronto iba a rebasar todo lo imaginable, para convertirse en el más alucinante enigma de todos los tiempos.

* * *

La nave estaba inmóvil en el vacío.

Total y absolutamente inmóvil, detenidos sus mecanismos, no ser atraída tampoco por cuerpo celeste alguno. Flotaba en la nada como un objeto en el océano. Acaso se movía algo pero, desde luego, sin puntos de referencia los ojos humanos no descubrían ningún movimiento.

Carlo Bonetti aplicó a su nave el reductor de marcha y oprimió el botón de estabilización en el vacío. De este modo, su propia nave se emparejó con la que flotaba en el espacio.

Utilizó la radio, haciendo una llamada a la nave inmediata por medio de la onda general, utilizada por los tripulantes de naves civiles. No obtuvo respuesta. Hizo luego señales luminosas con sus faros delanteros en lenguaje cifrado internacional. Tampoco parpadearon las luces de la otra nave, inmóviles y rendidas como ojos extraños que mirasen la negrura inmensa.

Carie Bonetti suspiró. No tenía otro remedio que entrar en la nave, posiblemente abandonada o, en el peor de los casos, ocupada por alguien enfermo... o muerto.

Ajustó a sus botas los magnetos y ciñó a su espalda el turborreactor que le permitiría desplazarse en, el vacío, a través de una breve distancia, controlando sus movimientos. Ajustóse la escafandra, con el depósito de aire comprimido, y abrió la portezuela de su pequeña aeronave.

De la cabina de descomposición pasó al vacío. Flotó en la nada, negra y densa, moviéndose al accionar con precisión el mando de su turborreactor. Los tubos aplicados a la espalda despidieron chorros de oxígeno, desplazándole hacia la nave inmóvil.

Ésta era de fuselaje rojo y negro, un tipo de astronave individual, de utilización civil y propiedad privada. Su matrícula, en el recuadro luminoso lateral, no decía nada concreto. Era un número bastante alto, de Ciudad del Cabo. Una nave muy nueva, deportiva y esbelta, en perfectas condiciones. No era fácil que sufriese averías, por tanto. Tampoco mostraba huellas de choque o rotura en su fuselaje, que hubiera podido significar un desastre para su ocupante u ocupantes y una explicación clara de la inmovilidad de la nave en el espacio extraterrestre.

Las portezuelas de acceso a la cámara envolvente, a la descompresión e instalaciones autogravitatorias y a las de producción autónoma de oxígeno artificial, aparecían herméticamente cerradas.

Carlo Bonetti esperaba tal contingencia. Otra cosa hubiera resultado aún más sorprendente. Llevaba consigo el tubo desintegrante del cual partía un chorro luminiscente, altamente corrosivo, que podía hender el más duro metal, derritiéndolo, convertido en goterones candentes.

Accionó el corrosivo. El ácido fosforescente, de acción eficaz aun en pleno vacío, derritió la cerradura en menos de tres segundos. Carlo empujó la puerta y penetró en la cámara descompresora, echando una ojeada crítica en torno. Guardó el corrosivo, empuñando precavidamente su pistola explosiva. Nunca

se sabía lo que podía encontrarse allí dentro.

Todo parecía en perfectas condiciones técnicas. Observó, por medio de las esferas graduadas, que el auto gravitador y el productor de aire funcionaban a ritmo normal. Pero había aire dentro del vehículo y una nula proporción de ácido carbónico. Eso denotaba algo evidente: no había nadie respirando allí dentro.

Por tanto, parecía que iba a enfrentarse con un caso de muerte o con un inexplicable abandono del vehículo espacial, cuya explicación no esperaba hallar dentro de la nave.

Movió la palanca de seguridad, pasando, al abrirse la puerta, al interior de la nave.

Allí encontró la primera respuesta, nada más encararse con la oblonga cabina destinada al ocupante de la nave espacial.

Había un solo hombre en ella. Estaba ante los mando del vehículo, reclinado en el asiento de rojo tapizado de espuma. La cabeza, cubierta por el casco, le caía sobre el torso.

Evidentemente, estaba muerto.

Carlo avanzó despacio, tras echar una ojeada a la cabina completa. No vio nada anómalo ni especial. Tampoco había nadie más. El piloto de la nave pudo haber muerto de un simple colapso, de un ataque cerebral o de algo igualmente fulminante. El hecho de que estuviese en su propio asiento, frente a los mandos y el tablero de controles, así lo sugería.

Frente a él, la pantalla del visor aún funcionaba. Se veía en ella su propia nave de la Patrulla Volante y el exterior, muy negro y salpicado de astros centelleantes.

Carlo frunció el ceño. Eso denotaba que el hombre no había muerto hacía mucho. Las pilas de una batería especial para visor, si alguien no las recargaba, duraban por término medio no más de una docena de horas.

Aquella pantalla fluorescente tenía un tono claramente opaco, difuso, indicando que la carga de las pilas se agotaba. Pero no totalmente aún. Por lo tanto, aún no hacía doce horas que el hombre había muerto.

Se aproximó, enfundando su arma. Después de todo, no existían ya razones para temer nada. Los muertos no hacen daño a nadie.

Inclinóse sobre el hombre que yacía en su asiento y tocó su brazo. La mano enguantada de rojo, que se crispaba no lejos del botón de emergencia que le hubiera devuelto inmediatamente a la Tierra, a supervelocidad, haciendo sonar al mismo tiempo el timbre de alarma, en demanda de auxilio por parte de espaciódromos y de patrullas volantes, cayó pesadamente, convertida en lo que realmente era: un miembro muerto, inanimado.

El cuerpo osciló ligeramente después de eso y la cabeza se ladeó. Carlo Bonetti la sostuvo, para evitar que cediera a su peso el resto del cuerpo,

rodando por el suelo de la cabina. Luego la echó suavemente atrás, para ver la faz del muerto, bajo su casco de astronauta civil.

Un grito de horror escapó de su garganta.

¡La faz del muerto parecía una pesadilla! Un rostro rugoso y horrible, el que podría tener un hombre con más de doscientos años de existencia, o un ser disecado después de muerto...

Carlo estaba contemplando las facciones espeluznantes de una auténtica momia.

CAPÍTULO II

SIN EXPLICACIÓN

E sabe ya algo sobre ese señor?



.

El capitán Hussal, de la Base de El Cairo contempló con el interés reflejado en su bronceada faz a su subordinado. Luego sonrió:

—¿Se da cuenta de que es la centésima vez en tres días que pregunta lo mismo, Bonetti? —le hizo notar, por toda respuesta.

—Sí, señor —asintió Carlo, respetuoso—. En realidad, estoy muy intrigado al respecto.

—Es comprensible hasta cierto punto. Pero usted terminó su misión al encontrar el cuerpo. Lo demás no es cuestión suya. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, señor.

—Bien. Espero que eso le quite la curiosidad en lo sucesivo. Puede retirarse.

—A la orden, señor —saludo rígidamente y se encaminó a la puerta.

Hussal sonrió de nuevo. Por lo menos, no podía negarse que su subordinado sabía ocultar hábilmente su decepción. Era un perfecto soldado.

—Un momento, Bonetti —dijo.

El joven italiano se detuvo en la puerta. Volvióse hacia su capitán sin decir nada. El oficial egipcio, con aire meditativo, le informó:

—Al principio, estábamos seguros de que era Sergio Anápolos, un multimillonario griegolituano, a cuyo nombre está esa nave, matriculada en Ciudad del Cabo. Lo confirmó el hecho de que los documentos de Anápolos estaban en su bolsillo y también la noticia de Ciudad del Cabo de que Anápolos había desaparecido misteriosamente de su factoría de diamantes en esa ciudad.

—¿Y no lo era, señor? —preguntó Carlo, respetuoso.

—¡Cielos, no! —rio de buena gana Hussal—. Anápolos tiene ahora treinta y seis años. Y el hombre muerto, a quién ya se le hizo la autopsia, era un auténtico Matusalén.

—¿Era... era tan viejo como parecía?

—Pues sí, lo era —Hussal sonrió de nuevo—. Ya comprendo su curiosidad, muchacho. Resulta extraño encontrar a un astronauta de ciento sesenta años, por lo menos, muerto sobre los controles de una nave...

—¡Ciento sesenta años! —jadeó Bonetti, parpadeando.

—Parece imposible, ¿eh? —el egipcio se encogió de hombros—. Las últimas comprobaciones científicas dan un promedio de ochenta y cinco años a la vida humana, lo cual es indicio de que muchos centenarios aún viven. Pero de eso a alcanzar los ciento sesenta, hay un abismo. Sin embargo, el examen clínico y biológico del cadáver coinciden en darle una edad superior a los ciento sesenta años, en el instante en que le sobrevino la muerte.

—¿Y cómo puede un hombre de esa edad subir a bordo de una nave espacial y remontar el vuelo? ¡Es absurdo!

—Ya lo sabemos. Es absurdo. Por eso falleció.

—¿Se sabe quién es el muerto?

—No.

—¿Y de qué murió?

—Eso sí. Lamento defraudarle en algo, Bonetti. Sé cuánto anhela usted encontrarse ante un caso policíaco interesante, éste tal vez lo hubiera sido... si no existiera un factor que todo lo malogra. Ese anciano murió precisamente de eso: de vejez, de ancianidad. La muerte le sobrevino por un agotamiento total de su naturaleza, un fallo de su corazón y la falta de resistencia física, mental y cardíaca a la prueba de un vuelo en el espacio...

Carlo Bonetti asintió lentamente. Tenía el ceño fruncido, la mirada perdida en el vacío, escuchando a su superior. Finalmente, observó:

—El misterio subsiste sin embargo, capitán. ¿No lo es, acaso, el hecho inaudito de que ese casi bicentenario se dejara introducir en una nave? Era... era casi una momia.

—Un hombre de esa edad es posible que sea siempre lo más parecido a una momia —aceptó Hussal gravemente—. Estoy de acuerdo con usted en que el misterio parece insondable. Pero escuche esto: nadie le obligó a subir. Viajó solo durante todo el tiempo, ya que los detectores no han captado en la nave otra presencia que la de ese hombre, y los absorbentes de ácido carbónico señalan la presencia de una sola respiración, así como los detectores infrarrojos de a bordo solamente acusaron durante el viaje, según se comprueba de la lectura de las bandas magnéticas, la presencia de un solo hombre: el tripulante de la nave. Aleje de usted fantásticas teorías sobre secuestro de ancianos y forzados viajes a la ionosfera, y olvídese del asunto. Es un puro disparate y se hará lo posible por aclararlo. Pero nada más.

—Sí, señor —saludó de nuevo y abandonó la estancia.

Descendió en un turboascensor a la planta baja. Salió a las soleadas pistas, gigantescas, plataformas plastometálicas, extendidas sobre las antiguas arenas

del desierto, a menos de tres millas de El Cairo.

Iba ceñudo, profundamente pensativo. No podía dejar de estremecerse cada vez que recordaba el macabro hallazgo a bordo de la aeronave de Ciudad del Cabo. Y se decía que ningún ser viviente tiene un aspecto tan horrible, ni puede, a los ciento sesenta años, valerse por sí mismo hasta el punto de entrar en una astronave y conducirla a miles de millas de distancia de la atmósfera terrestre y de su campo gravitatorio.

Sin embargo, el ser momificado había muerto de forma natural, de puro viejo. Y no hubo nadie más a bordo. La relación que aquel anciano hubiera podido tener con el desaparecido multimillonario grecolituano, Sergio Anápolos, dueño de la nave y de los documentos hallados sobre el extraño personaje, constituía la medida misma del enigma.

A Carlo no podía satisfacerle esa relación de los hechos. Tal vez tampoco le satisfacía al capitán Hussal, que era un hombre inteligente y eficaz, en su mando de la Base egipcia de las Patrullas Volantes de Seguridad Civil. Pero él tenía que adoptar un escepticismo e indiferencia oficiales, de acuerdo con su cargo.

Carlo Bonetti, simple policía de la Patrulla, podía exponer opiniones muy diferentes. Pero, por otro lado, ¿qué teoría presentar ante nadie, si aquel asunto carecía de sentido?

Tal vez sería mejor que él mismo olvidase. No era cosa suya resolver el misterio. Quizá la SIP se ocuparía de él, especialmente, mientras no apareciese el multimillonario Anápolos, hombre con la suficiente influencia mundial como para provocar con su desaparición un auténtico problema financiero en el que se barajarían cientos de millones.

* * *

Hasta unos meses después no se hizo pública la desaparición de Sergio Anápolos, sin que se hubiera hallado el menor rastro y sin que la policía tuviera la menor idea de su paradero.

Aquello significó la ruina de varios cientos de personas, el hundimiento de una serie de industrias que mantenía la personalidad y vigor del grecolituano, y que se derrumbaron estrepitosamente al fallar las acciones en un mercado donde el pánico llegó al conocerse la desaparición del multimillonario.

Las cifras en «créditos» eran capaces de marear a cualquiera. Se luchó todo lo posible por localizar algún rastro de Anápolos. La SIP intervino, investigando en torno al suceso de la nave de Ciudad del Cabo, encontrada por el policía Carlo Bonetti en una labor de patrulla espacial.

Pero ni siquiera la poderosa organización policíaca internacional logró resultado práctico alguno. No se pudo parar el pánico financiero, ni dar una explicación plausible a nadie.

La SIP llegó al extremo de situar al margen de la Ley a Sergio Anápolos,

si no comparecía en el término de siete días. El mensaje, a guisa de ultimátum, fue radiado a Luna-Término, a Venus, a Marte y a todos los satélites y estaciones artificiales, situadas en órbita por los terrestres.

El silencio fue su respuesta. Nadie había visto a Sergio Anápolos, a excepción de varios testigos que se presentaron espontáneamente, asegurando haberle localizado. En todas las ocasiones, la declaración fue falsa, bien por error o por afán de mentir en un asunto de tal popularidad.

Finalmente, el hermano de Sergio Anápolos y la esposa de éste, Marge, se hicieron cargo del negocio. Para entonces, eran muchas las industrias asociadas totalmente en la ruina y numerosos los financieros que ante el desastre pusieron fin a su vida. Marge Anápolos, significativamente vestida de negro, no pudo hacer nada por toda aquella gente. Evitó con entereza el resquebrajamiento total de la *Anápolos Worlds Diamonds*, bien apoyada por el hermano de su marido, Alexis Anápolos, y ahí concluyó para el vulgo el gran escándalo de una época.

Para la policía, también se cerró el asunto con un fracaso absoluto. Era como si al multimillonario se lo hubiese tragado la Tierra.

La «Spacial International Police», en un largo periodo de tiempo de triunfos ininterrumpidos, había tropezado al fin con un obstáculo de insalvable apariencia. Un prohombre del gran mundo financiero internacional, e incluso universal —Anápolos era un gran industrial, con factorías interplanetarias en la luna, Venus y Marte, adonde se desplazaba con frecuencia, ya que era un deportista de primera fila, auténtico as en el manejo de vehículos espaciales, por ligeros y poderosos que fuesen—, había dejado de existir. Al menos, en apariencia.

La SIP rotuló la carpeta de aquel asunto con un sello rojo muy significativo:

«Desaparecido. Asunto sin resolver».

A la SIP no le gustaba nunca aplicar esa nomenclatura a un expediente de su gran archivo. Pero había cosas ante las que el hombre y su maquinaria podían estrellarse, impotentes.

Este caso fue una de ellas.

* * *

—Le felicito. Ha obtenido usted el título. Sus notas son realmente magníficas.

—Gracias, señor.

El aspirante dejaba así de serlo. La Escuela Espacial de Washington, destinada a elegir a sus hombres representativos, a los futuros agentes de la

SIP, había concluido su curso. Los alumnos, eliminados en gran parte a lo largo del duro aprendizaje y de las vigorosas pruebas afrontadas día a día, llegaban al final en perfectas condiciones físicas y mentales.

El «judo», la lucha, la autodefensa en las más duras condiciones, la resistencia mental a las influencias hipnóticas y telepáticas, el autocontrol perfecto de ideas y de energías físicas, todo aquello, en fin, que era inevitable para cualquier buen agente de la «Spacial International Police», incluido el perfecto dominio de vehículos espaciales, la resistencia a vuelos interplanetarios, a diversas gravitaciones y atmósferas y a las más diversas condiciones, estaba no sólo aprendido, sino dominado.

Los pocos que pasaron el curso con notas destacadas llegaban así al final. Al momento en que, en su piel, era tatuado, por procedimientos que sólo la SIP conocía, el documento de identidad que jamás se separaba de uno, filtrado bajo la epidermis. Allí figuraba su número, su condición, como un auténtico medio de identificación en las más adversas circunstancias.

Ahora ya eran agentes. Hombres decididos a luchar por la Justicia, la Ley y el Orden, en la Tierra y en los espacios siderales dominados por el hombre.

El veterano agente especial Simpson, encargado de la selección y nombramiento de los nueve agentes, contempló con orgullo al joven alto, enjuto, de negro cabello y ojos claros que, erguido ante él, recibía el máximo honor al que un hombre con aspiraciones de policía podía llegar.

—Espero que algún día, muchacho, pueda darle al SIP los triunfos que esperamos de todos y cada uno de nuestros agentes —prosiguió Simpson, solemne. Le estrechó con energía la mano y luego le indicó lo que el joven agente recién incorporado a las densas y seleccionadas filas de la SIP había estado esperando durante tanto tiempo—. Ahora será recibido personalmente por nuestro jefe supremo. Donald Callowan, cabeza rectora de la SIP, le recibirá y le dará las últimas lecciones, antes de que sea lanzado al mundo como uno de los soldados del más hermoso y abnegado ejército de los mundos: el de los hombres que velan por la vida y la integridad de las personas honradas y por el exterminio inexorable del delito, lo mismo en la Tierra que en los planetas y en el espacio.

Asintió el nuevo agente. Eso era lo que más había deseado últimamente y ya iba a alcanzarlo. Vería cara a cara a Donald Callowan, el jefe supremo de la SIP, el hombre bondadoso y enérgico que manejaba, desde su oficina de Washington todo el complejo sistema de la «Spacial International Police».

—Vamos, el jefe dispone de escaso tiempo para aquellas tareas que no sean las relativas a informes e investigaciones en curso. El momento está fijado para dentro de un cuarto de hora. No debemos llegar tarde a esa audiencia.

Abrió la puerta de su despacho privado, en la Escuela Espacial. Por un corredor llegaron al ascensor ultrarrápido, que les condujo hasta la planta

baja. Allí aguardaba un turbocar, en la pista interior de la Escuela, para uso exclusivo del personal de la SIP...

Simpson montó en el vehículo con su nuevo colega, el «novato» que había obtenido sus notas aquel día, Callowan nunca recibía juntos a los nuevos miembros de cada promoción. Sostenía la teoría de que el hombre nunca debe considerarse como parte de una colectividad, salvo en sus obligaciones. Para aumentar la moral de cada miembro, era preferible dirigirse personalmente a cada uno, hablarle al individuo y hacerle ver sus nuevas responsabilidades. Eso, en vez de acrecentar individualismos, hacía más eficaz y sólida la labor colectiva, al creerse cada uno —y serlo, en realidad—, parte integrante de esa colectiva formación, capaz de aplicar el castigo a un delito ya cometido, y de impedir otros muchos delitos proyectados por el hampa universal.

El turbocar circuló vertiginosamente, saliendo de los límites cercados por medio de murallas metálicas, con ojos electrónicos y barreras infrarrojas de gran sensibilidad, que impedían cualquier infiltración extraña en la Escuela Espacial de la SIP en Washington.

Después, la ruta se mostró abierta a la veloz y aerodinámica estructura del turbocar. Se acercaron a Washington, capital, donde las oficinas de la SIP eran su destino final.

* * *

—Es un placer conocerle, muchacho. Como lo es conocer a cualquier nuevo agente de nuestra organización que haya alcanzado, en sus estudios previos, una calificación tan alta como usted.

—Es usted muy amable conmigo, señor.

—¡Oh, no! —Donald Callowan rio entre dientes, mordisqueando ligeramente su habano al hacerlo. Un vivaz gesto de una de sus macizas manos, en el aire, reflejó claramente su protesta—. No trato de ser amable. Ni creo que nunca llegue a serlo en realidad. Me limito a exponer lo que siento, muchacho.

—Todavía resulta más de agradecer, señor.

—Escuche, hijo —le miró fijamente, con interés—. Usted es ya uno de los nuestros. Un miembro de la SIP, un nuevo representante de la Ley y el Orden, allá adonde sea enviado. He estudiado su expediente con suma atención, lo mismo que hago con todos y cada uno de mis hombres, al ser dados de alta en el cuadro de honor de la SIP.

—Espero ser digno de pertenecer a este organismo, señor.

—Yo también lo espero —le observó curiosamente por unos momentos. Luego observó que su cigarro estaba apagado. Lo prendió de nuevo, aspiró el humo, expeliéndolo después en volutas que volaron hacia el techo del despacho, y añadió gravemente—: ¿Conoce sus obligaciones?

—Sí, señor.

—¿Y nuestro Código de Honor?

—También, señor. Porque sentía todo eso dentro de mí, acepté seguir esta carrera. No me arrepiento de las duras horas vividas en la Academia, hasta ganar mi título.

—Eso es esperanzador. Muy esperanzador —sonrió Callowan. Le seguía estudiando con cierta curiosidad insatisfecha—. Tengo entendido que usted fue policía anteriormente, ¿no es cierto?

—Lo es, señor.

Donald dijo:

—Entre usted y yo, hijo, ¿quiere decirme por qué dejó las Brigadas Volantes de la Seguridad Civil para convertirse en un miembro de la SIP?

El joven alto y moreno respiró con fuerza. Luego meneó afirmativamente la cabeza.

—Sí, señor. Se lo diré gustosamente —declaró.

—Bien. Hágalo añora, entonces.

—Usted sabe que mi nombre es el de Carlo Bonetti; soy italiano. Hace dos años asistí al hallazgo del más horrible cadáver que vi jamás. Un caso que jamás se esclareció, ni del que nadie ha vuelto a hablar. Yo no viviría nunca en paz conmigo mismo, ni con aquel atroz recuerdo, si no tuviera en mi vida la oportunidad remota de poder seguir averiguando lo que ocurrió una vez en el espacio, a bordo de la nave de un deportista y multimillonario famoso que desapareció para siempre, dejando tras de sí el cuerpo de una auténtica momia humana.

Callowan parpadeó, sorprendido.

—¿De modo que usted ha pasado a pertenecer de policía de una Brigada Volante a la SIP, solamente por...?

—Por resolver alguna vez aquel enigma inaudito, señor. Eso es lo cierto.

CAPÍTULO III

EL NUEVO AGENTE



URANTE una larga pausa, Donald Callowan se limitó a reflexionar, ceñudo, mirando a través del ventanal a la esplendorosa panorámica del Washington de entonces. La capital federal de los Estados Unidos había progresado mucho en el último tercio del siglo XX y principios del XXI. Su progreso estaba a la vista desde aquel privilegiado mirador urbano.

—Le voy a decir algo, Bonetti —habló lentamente Callowan, tras de su silencio—. Algo que espero sepa comprender con perfecta claridad.

—Le escucho, señor.

—Acaba de hablarme de un misterio al que usted asistió como policía de la Brigada Volante. Dejó honda huella en su mente que no ha parado hasta que, derrochando voluntad, logró lo que se proponía: pertenecer a la SIP.

—Cierto, señor.

—Pues bien, Bonetti, quiero que sepa una cosa —se volvió en redondo, le señaló con virulencia, agitando su índice, y añadió con voz abrupta—: ¡La SIP no es el lugar apropiado para soñar con venganzas, para imaginar que uno resolverá los problemas que le parezca bien, ni tampoco por simple deporte!

—Señor, yo no pretendo...

—¡No hable, Bonetti, y escúcheme a mí! —atajó, rotundo, Callowan.

—Sí, señor...

—¡Un agente de la «Spacial International Police» sólo se cuida de aquellos asuntos que a él le corresponda y que le sean encargados por la superioridad! ¡No puede ocuparse de nada que personalmente le interese a él, sino lo que interese a todos! ¡Al mundo entero, Bonetti! Si no se cree capaz de eso, si opina que su mente estará ocupada siempre por la idea fija de ese asunto inconcluso, será mejor que presente su renuncia. Un hombre de la SIP es libre de elegir su destino en todo momento. Puede solicitar la baja siempre. Y le es concedida sin solicitarlo cuando contrae matrimonio. Eso es todo, Bonetti. Reflexione... y resuelva.

—He reflexionado antes, señor —dijo lentamente Carlo—. Y he resuelto. Por eso estoy aquí.

—Usted ha dicho que por un viejo caso archivado.

—Ese fue el principio de todo, señor. Ahí empecé a sentir deseos de ser agente de la SIP. Y ahí inicié mi nuevo camino. Solicité el ingreso en la Escuela Espacial, me preparé intensamente y luché con todas mis fuerzas. Pensaba que alguna vez me encontraría con situaciones similares. Casos de aparente imposibilidad en la solución, enigmas casi indescifrables. Y lucharía por esclarecerlos. Haría todo lo que entonces no pude hacer, ya que no pertenecía a un cuerpo policial que tuviese jurisdicción para intervenir en ese asunto. Incluso era posible que un día volviera a la actualidad el misterio de Sergio Anápolos, el desaparecido, y de la momia aparecida en la nave espacial de Ciudad del Cabo, y estuviera en mi mano buscar una pista para edificar una solución. Luego, a medida que transcurría el tiempo y daba mis clases, convirtiéndome por fin en un miembro de la SIP, algo cambió en mí. Olvidé casi por completo aquel caso, empecé a interesarme por otras cuestiones igualmente complejas y fascinantes del mundo del crimen y de la investigación policial, y llegué a la meta soñada con la idea fija de ser útil en el mayor grado al organismo en que era aceptado, no importaba cuál fuese el asunto.

—Muy bien hablado, Bonetti. Pero si aquel viejo problema resucitara un día y cayese en sus manos...

—Lo afrontaría con una gran ilusión, señor. Eso es aparte.

—Bien, Bonetti. No quiero darle esperanzas. Un caso archivado no es normalmente más que eso: un caso archivado, una carpeta cargada de polvo y de olvido. A veces reaparece un antiguo problema, pero no es frecuente. Y aun cuando ocurra, puede suceder que nuestros departamentos coordinados, ajenos por completo a su particular interés, ignoren ese detalle y asignen la cuestión a otro agente. Usted no puede solicitar su intervención en un asunto determinado. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí, señor. Lo he entendido.

—Bien. Pues eso es todo. Puede retirarse, muchacho —le miró lealmente y le tendió su mano. Estrechó la del joven italiano con energía—. Hasta siempre, hijo. Y que tenga mucha suerte en su nuevo cargo.

—Gracias, señor —sonrió Carlo, animoso—. Muchas gracias. Lucharé por ello.

—Luchar ya es obtener una parte del éxito —sonrió a su vez Callowan.

Vio salir a Carlo, observándole pensativamente. Luego, lentamente, inclinó la cabeza y meditó. Sin querer, de sus labios fluyeron unas palabras. Palabras que eran como pensamientos expresados en voz alta, dirigidas a sí mismo, ya que estaba completamente solo.

—Sergio Anápolos... —musitó—. Y una momia en una aeronave de Ciudad del Cabo... Me suena esa historia. Veremos cómo fue exactamente ese misterio que tanto preocupa a un muchacho, dos años después de presenciarlo...

Su dedo se apoyó en un resorte. Estaba llamando a la Sección de Archivo.

* * *

—Sigo pensando lo mismo, Alexis. A Sergio le asesinaron.

—Marge, eso es una locura... Una auténtica locura. No debes pensarlo. Tal vez Sergio tuvo miedo de algo, o hizo algo oscuro e ilegal que le preocupó hasta el extremo de pensar en la fuga. Incluso es posible que sufriera un accidente y desapareciera en él, sin dejar rastro. Hoy en día, Marge, los hombres surcan el espacio. Pero el espacio no tiene límites. Y un hombre puede desaparecer en él sin dejar el menor vestigio tras de sí.

Marge Anápolos denegó lentamente con su cabeza firme y enérgica.

—No, Alexis. Estoy segura de lo que digo. Sé que murió. En alguna parte estará su cadáver. O acaso lo desintegraron para ocultar el crimen. Hay algo que me lo dice. Una corazonada, pero muy fuerte. Nadie me apartará de esa idea, puedes estar seguro.

—Es una idea ridícula, Marge. No pienses en eso. Después de todo, nadie se beneficiaba con su desaparición.

—¿Olvidas que tú y yo sí nos beneficiamos? —le recordó suavemente ella.

Alexis Anápolos se sobresaltó. La miró, enarcando las cejas.

—Marge, no sigas diciendo tonterías. ¿Pretendes acusarme acaso de la monstruosa posibilidad de... de haber matado a mi hermano, para heredar su fortuna y su poderío?

—No, Alexis. No creo que le matases tú.

—¿Quién, entonces? No hay nadie más.

—Estoy yo.

—¡Tú! Oh, Marge, por Dios...

—Está bien. Pude haber sido yo, Alexis, pero no fui, lo confieso. Sergio no me hacía feliz. Sin embargo, no le odiaba. Y mucho menos, hasta ese punto...

—Olvidas, además, que hay otras personas capaces de matar por ambición. Y todas ellas relacionadas con tu marido... y mi hermano.

—¿Quiénes? —ella le miró fijamente.

—Lo sabes tan bien como yo: Renzo Turner... Waldo de Motz... Sakmo Hoffman... Incluso el viejo Charlton. Todos ellos se relacionaban con Sergio más que tú y yo, por ejemplo.

—Oh, Alexis, no digas cosas horribles. De Motz era solamente su socio. Se arruinó con su muerte. Si le ha correspondido algo, es porque tú y yo se lo dimos por propia voluntad y no porque Sergio le hubiera hecho constar como tal socio.

—Sí, era su mejor elemento industrial y ni siquiera le firmó un contrato formal —Alexis meneó la cabeza de un lado a otro—. Mi hermano hizo cosas

horribles.

—Eso te demuestra que De Motz no puede ser culpable. Carece de motivos para desear la desaparición o la muerte de Sergio. Es más, eso le perjudicó mucho.

—¿Y Turner?

—Renzo Turner es un experto en diamantes... y un «recordman» espacial. Ha sido contrincante de Sergio en el terreno industrial y en el deportivo. Lucharon en carreras espaciales como enemigos, con sus respectivos astrobólidos.

—Casi siempre ganó Sergio —le recordó irónicamente Alexis.

—No es motivo para matar.

—En un tipo maniático de la velocidad y de traspasar toda clase de barreras, como Turner, todo es posible, Marge.

La viuda de Anápolos meneó la cabeza con escepticismo. No lo veía claro. Lo cierto es que no parecía ver nada demasiado claro. Alexis, tras una pausa, tornó a la carga, separando sus ojos del enorme mirador semicircular que, en la gigantesca sala de Consejos de la firma «Anápolos Worlds Diamonds», de Ciudad del Cabo, asomaba su amplitud de altos vidrios a la fabulosa panorámica de la capital sudafricana.

—¿Y qué me dices de Sakmo Hoffman, ese austríaco medio chiflado?

—Es un hombre de ciencia, Alexis —sonrió ella condescendiente—. No podemos entender a los hombres de ciencia ni sus rarezas. Estudia las piedras de la firma de mi marido y busca nuevos métodos científicos para aumentar las propiedades industriales del diamante, así como para perfeccionar su talla y su naturaleza.

—Busca en vano. Eso sería como buscar «la piedra filosofal» de los diamantes. No ha logrado nada positivo jamás, salvo avances insignificantes.

—Un científico, a veces, encuentra su obra maestra mucho tiempo después de proponérselo seriamente. Incluso cuando menos lo imagina...

—Bien. ¿Y no te parece un buen sospechoso, si es que a mi hermano le sucedió algo?

—¿Por qué había de serlo, Alexis? Es una idea un poco grotesca.

—Recuerda que Hoffman tiene una hermana. Es la mujer actual de otro de los que pudieron atentar contra Sergio.

—Oh, es cierto. Ahora recuerdo... Es la esposa de Turner. Pero eso tampoco dice nada.

—Tal vez no —Alexis frunció el ceño. Agitó una mano, algo nervioso—. No sé, pero hay algo que me danza en la mente y no logro localizar... Algo que puede ser una sospecha. O una evidencia.

—¿Contra quién?

—Infiernos, sí. Pero ¿contra quién? —se exasperó el hermano del desaparecido, pensando como un león enjaulado.

—Te falta aún un sospechoso en la lista que hiciste antes —sonrió Marge, siempre levemente irónica—: Charlton.

—El viejo Charlton... —Alexis se volvió, algo brusco—. Sí, Marge. Aunque te parezca un disparate mayor aún que los demás. Pero el viejo Ray Charlton, con su vida apartada y remota, me sigue pareciendo un tipo raro, capaz de cualquier cosa. ¿Qué sabemos en realidad de él?

—¿Qué sabemos en realidad de mucha gente, incluso de nosotros mismos, Alexis? —comentó amargamente ella—. No es una razón, compréndelo... No es un motivo para que aceptemos la posible culpabilidad de un hombre. Y menos en algo tan horrible como sería un asesinato. Ray Charlton es solamente un guardián del refugio que Sergio utilizaba en la Antártida, para sus períodos de reposo, lejos de la industria, de mí y de todo cuanto significase su cotidiana existencia.

—Un refugio para sus manías sobre mecánica de las astronaves, velocidades superlumínicas y todo eso que los científicos desean alcanzar.

—Sí. Sergio aseguraba que con un combustible especial y un motor diseñado por él, podía alcanzarse la supervelocidad capaz de sobreponerse a los trescientos mil kilómetros por segundo que recorre la luz.

—Era un disparate, Marge —suspiró Alexis—. ¿Sabes lo que le sucedería al hombre si alguna vez alcanzase la velocidad de la luz?

—No sé. No soy experta en esas cosas. ¿Moriría tal vez?

—Lo ignoro. Lo que sí puedo decirte es que sucedería algo espantoso y antinatural.

—No te entiendo, Alexis.

—El hombre estaría capacitado para saltar la barrera misma del Tiempo. Su cuerpo iría más rápido que la imagen misma de la luz y de los sucesos que tuvieran lugar lejos de él. Podría... podría llegar a las estrellas y «ver» el pasado de la Humanidad, tal como si estuviera sucediendo «en aquel mismo momento» —se pasó una mano por el rostro, brillante de sudor—. No... Sería demasiado horrible...

Marge le miró, sorprendida.

—Sería un avance fabuloso, ciertamente. Pero no sé por qué había de ser horrible. ¿De qué te asustas, Alexis?

—De... de esa posibilidad, Marge. Ten por seguro que nada bueno ocurriría si el hombre fuera capaz de superar al Tiempo mismo. Estoy convencido de que sería como abrir las puertas a una nueva caja de Pandora.



Marge subió a su turbomóvil anfibio y espacial, Un vehículo deportivo,

ultramoderno, capaz de deslizarse sobre las bandas plastometálicas de las rutas aéreas, por el aire mismo, o el vacío, y por el agua. Eran vehículos que abundaban entonces. Pero no todos de la clase y estilo aerodinámicos como el que poseía la viuda de Sergio Anápolos, el magnate de los diamantes de África del Sur.

La reciente conversación con su cuñado le había causado una profunda inquietud, un inexplicable desasosiego.

Estaba dispuesta a ahondar más en la extraña desaparición de su marido. Quería llegar hasta el fondo mismo de la cuestión. Quizá hasta entonces había pecado de ser excesivamente conformista y aceptar por bueno todo lo ocurrido, sin pararse a analizar que la desaparición de Sergio y el hallazgo de una momia centenaria en su aeronave, había de tener por fuerza una explicación.

Una explicación que la propia policía, y la SIP en especial, se habían resignado a no encontrar, archivando el caso como «imposible de resolver».

—¿Dónde estaba ahora Sergio Anápolos... o su cadáver, años después de haber sucedido «aquello»?

Posiblemente era demasiado tarde ya para intentar nada. Pero, aun así, iba a intentarlo. Todo era mejor que aquel no saber, que aquella angustiosa indiferencia por alguien con quien apenas si había llevado un año de casada y que luego se eclipsó en el vacío de los espacios siderales sin dejar rastro alguno, ni siquiera para la SIP...

Marge pisó el acelerador de su vehículo y se lanzó vertiginosamente a través de Ciudad del Cabo. La idea continuaba fija en su mente e iba a comprobar si estaba en lo cierto al pensar que, en alguna parte podía hallarse la explicación del enigma.

Su primera visita sería precisamente al hombre que más razones pudo tener, desde el arbitrario punto de vista de Alexis, para hacer daño a Sergio Anápolos, su competidor en la industria y en el deporte espacial, el *recordman*, director de la *Turner Diamonds Company*, Renzo Turner.

Posiblemente Turner fuese inocente. Marge lo deseaba. Turner era un elegante y culto ciudadano de África del Sur. Resultaría muy deprimente que un hombre así fuese capaz de cometer un crimen.

Pero si lo era, y ella lograba descubrirlo, apelaría a la SIP, para que la ayudase contra el criminal.

Marge Anápolos, viuda del desaparecido magnate, ignoraba la vorágine de peligros y de alucinantes peripecias que se iban a iniciar ahora, con su repentino afán por descubrir lo sucedido dos años atrás, en una nave perdida en el espacio, que un patrullero espacial, Carlo Bonetti, encontró casualmente, con un cadáver momificado a bordo.

* * *

—Enhorabuena, agente Bonetti. Su papel, en la investigación del tráfico de estupefacientes vegetales de Venus ha sido muy brillante. Gracias a sus servicios, esos hombres, responsables de un delito tan grave como es el traficar con el vicio ajeno, serán condenados sin posibilidad material de eludir sus responsabilidades.

—Lo celebro, señor.

—La SIP también lo celebra, Bonetti. Este servicio, unido a su anterior labor ayudando al agente Duval en el caso de los salteadores de aeronaves entre la Tierra y Luna-Término, le inicia con un historial brillante, como es orgullo de todo hombre que dedique su vida al servicio de la «Spacial International Police».

El veterano agente Lotti, de Roma, estrechó con calor la mano de su compatriota, después de hacerle el elogio. Tras la pausa, la sonrisa de Carlo Bonetti aún tuvo motivos para ampliarse mucho más, cuando su superior inmediato le entregó un sobre cerrado.

—Mensaje personal del jefe —informó escuetamente—. Donald Callowan debe de querer decirle algo, muchacho. Espero que sea bueno, como corresponde a su labor.

Carlo preguntó:

—¿Puedo abrirlo, señor?

—Por supuesto —asintió Lotti—. Vea lo que contiene.

Así lo hizo Carlo. Sus ojos brillaron al leer el cable enviado por Callowan, a través de la línea privada de la SIP.

Bajando el papel, miró a Lotti y sonrió.

—¿Buenas noticias? —indagó el veterano de la SIP en Roma.

—Inmejorables, señor —afirmó Carlo—. Me conceden un permiso. Diez días de vacaciones, en atención a méritos contraídos.

Lotti sonrió:

—Enhorabuena, muchacho. La SIP siempre hace justicia a los hombres que saben darlo todo por la organización. Espero que sepa pasar bien esos días de permiso lejos de actividades violentas.

Una sonrisa enigmática flotó en los labios de Carlo Bonetti. Luego, asintió con un movimiento de cabeza y declaró:

—Claro, señor. Sobre todo, eso. Lejos de toda violencia... y de toda actividad policial. Para algo es un permiso.

CAPÍTULO IV

SOSPECHOSOS

I querida Marge... ¿A qué debo este honor?



Era el de siempre. Elegante, correcto, impecable en su traje blanco de seda plástica. Sonreía con la dentadura blanca como el propio tejido de sus ropas. Besó su mano. Marge se preguntó una vez más: «¿Cómo es posible sospechar de un hombre como Renzo Turner?» Pero siguió adelante, a pesar de todo.

—Hola, Renzo. Te estarás preguntando por qué estoy aquí, ¿no es cierto?

—Pues sí, Marge. Hacía tiempo que no te veía —su faz se ensombreció ligeramente—. Creo que desde los funerales de Sergio.

—De Sergio venía a hablarte —Marge suspiró, sentándose en la amplia terraza aérea de la suntuosa vivienda de Renzo Turner, en el distrito residencial de Ciudad del Cabo. Una especie de «jardín colgante» babilónico, en versión del siglo XXI—. Tú sabes que, en realidad, no debíamos de haber celebrado funerales. Oficialmente, ni siquiera está él muerto.

—Cuando un hombre desaparece en el espacio, es evidente que perdió la vida. Tú sabes que Sergio no tenía razones para desaparecer. Amaba la vida. «Su vida», como él decía. Y «su» vida era esto: Diamantes, deportes, lujos... y tú.

—Y yo... —Marge suspiró—. Sí, creo que eso es cierto, Renzo. Sergio me amaba.

—¿Y tú a él? —sonrió suavemente Turner.

—Nunca estuve muy segura de eso. Le debía mucho, le estaba agradecida, era noble y atractivo, aunque algo mayor que yo... Sí, posiblemente fuera amor. O afecto. ¿No es igual?

—No, no es igual —denegó Turner. Miró a la distancia, más allá de la sorprendente panorámica blanca de Ciudad del Cabo, visible desde la terraza aérea de su torre urbana—. Yo amo a Lena, mi esposa. Es hermosa, joven y maravillosa en muchos terrenos, pero jamás estuve seguro de que ella me amase. Me aprecia, sí. Pero no puede ser igual para un hombre.

Marge afirmó:

—Sergio no podía pensar de mí nada extraño. Creo que era feliz.

—Oh, eso sí —Turner hizo un gesto—. Pero no habrás venido a hablar de

esto, ¿verdad?

—No, no he venido a hablar de eso. Quiero saber qué pudo ocurrirle a Sergio. Pensé que tú, que le conocías quizá mejor que nadie, acaso podrías ayudarme.

—¿Yo? Lo veo difícil, Marge. Fui el primer sorprendido. Habíamos convenido celebrar una carrera hasta el Asteroide R-19 para unos días después. Y Sergio no faltaba fácilmente a una convocatoria así... de no ser por una razón totalmente ajena a sí mismo.

—¿Le viste el día en que salió con su aeronave deportiva?

—No, no le vi... —frunció el ceño—. Al menos, no lo recuerdo... ¡Espera! Sí, creo que le vi. Y poco antes de salir con rumbo al espacio, por cierto.

—¿De veras, Renzo? —el tono de ella se hizo ávido—. Háblame de eso por favor...

—Oh, no creo que haya nada que contar —la miró con expresión hermética. Luego, se humedeció lentamente los labios y prosiguió—: No iba solo, ciertamente.

—¿No? —ella enarcó las cejas—. ¿Quién estaba con él?

—Verás, Marge. Yo iba al espaciódromo, a revisar los motores de mis aeronaves deportivas, cuando vi a Sergio Anápolos. Estaba en su propio cobertizo, junto a la misma aeronave que se encontró en el espacio. Parecía dispuesto a probarla o cosa parecida.

—Pero tú has dicho que no estaba solo. ¿A quién viste con él?

—A su socio... Waldo de Motz.

—¡Waldo! —ella parpadeó, sorprendida—. De Motz no dijo que hubiera visto ese día a Sergio.

—Pues mintió... o lo olvidó. Pero te garantizo que estaba con él. Lo que ignoro es si llegó a subir a bordo o simplemente hablaba con él en tierra. Yo seguí hacia mi propio cobertizo, a revisar mis naves.

—Entiendo. ¿También tú emprendiste el vuelo ese día?

—No, no llegué a volar —sonrió Turner, algo burlón, sin apartar de ella sus ojos—. Sospechas que yo hice algún daño a tu marido, ¿no es cierto?

—Oh, Renzo, no digas esas cosas tan...

—Sospechas de mí y por eso has venido —Turner soltó una leve carcajada. Casi parecía divertirse con aquello—. Te aseguro que vas equivocada en tus pesquisas, querida. Yo no deseaba ningún mal a Sergio. Era mi competidor, sí. Pero yo entiendo que la competencia es algo hermoso, algo que le hace a uno superarse a sí mismo No me ha gustado que desapareciera, ciertamente. Y te estoy siendo sincero.

Marge se mantuvo unos momentos en silencio. Debió imaginar que Renzo era demasiado astuto para engañarle. Casi se sintió avergonzada.

—Lo lamento, Renzo, de veras —musitó, por fin, armándose de valor—. Pero sospecho que a Sergio le han matado. Quiero saber quién lo hizo... y por qué.

—Es un deseo muy comprensible. Y te honra, Marge —suspiró Turner—. Creo que, además, no te faltan razones de pura lógica para suponerlo así. Yo mismo he pensado, a veces, en que hay algo delictivo en lo que sucedió. Una mano criminal, oculta en alguna parte. Pero no hay cadáver. Sólo el de una momia o un pobre centenario, muerto de viejo. Es otro de los aspectos que me asombraron en este caso. Sí, Marge, hay algo oculto en todo esto... pero, si es así, hazme caso y no sigas investigando. Puede ser peligroso.

—¿Peligroso? —Marge le contempló casi con estupor.

—Claro. ¿No comprendes que si realmente alguno de aquellos a quienes conoces y a quienes vas a interrogar es culpable de algo, también podría intentar dañarte a ti?

Marge ponderó ese aspecto de la cuestión. Aquello era algo que no se le había ocurrido. Miró fijamente a Turner y opinó de súbito:

—¿Sabes una cosa, Renzo? Casi me ha parecido como si estuvieras amenazándome...

Turner se sobresaltó. Por vez primera pareció ganarle en la acción su interlocutora. Agitó luego una mano, en son de protesta.

—Por favor, querida... Ha sido sólo una advertencia, un aviso de amigo... —arguyó.

—Entonces te lo agradezco, Turner. Perdona mis tontas sospechas —se incorporó, mirando en derredor, con aíre indiferente—. Ya no te molesto más. Gracias por todo, sin embargo.

—¿Ya te marchas?

—Sí. He de ver a otro de los hombres que conocieron a Sergio. Precisamente aquél que, tal vez, fue el último en verle, aunque siempre ha negado eso: Waldo De Motz, su socio.

* * *

Era como ir de un palacio a una cabaña.

No es que Waldo de Motz viviera exactamente en una cabaña. Pero su alojamiento, en un distrito de escasa categoría de Ciudad del Cabo, no era precisamente un lugar digno del hombre que había sido socio del más importante industrial de diamantes de África del Sur, y quizá del mundo entero.

Las paredes eran lisas y grises, las habitaciones inhóspitas. Ni siquiera tenía la refrigeración normal en cualquier casa africana: hacía calor allí. De Motz, grueso y fofo, sudaba en abundancia. Su redonda faz brillaba.

—¿Qué ha, venido a hacer aquí, señorita Anápolos? —preguntó con

sequedad, tras introducir fríamente a su visita—. ¿Recordarme que alguna vez tuve la maldita idea de asociarme a un hombre sin conciencia?

—Ese hombre, con conciencia o sin ella, ya no existe, Waldo —le replicó ella, muy seria—. ¿No sería mejor tenerle una cierta consideración a su memoria?

—¡Consideración! La que él tuvo conmigo —cortó, desdeñoso, De Motz—. Fui su socio industrial durante años. ¿Y cómo me pagó? ¡Dejándome fuera del negocio de un modo inhumano y cruel!

—Waldo, usted sabe que yo intenté...

—Lo sé, lo sé. Usted me ha ayudado y Alexis también. Me han enviado dinero, dinero para sobrevivir. Una limosna, tal vez. Pero, al menos, se acordaron de mí. No tiene obligación de enmendar el mal que hizo su marido. Después de todo se supone que yo gané mucho con él, que me embolsé cifras enormes... y que fingí pobreza, para sacar más tajada de su muerte.

—¿Y no es cierto? —insinuó fríamente Marge.

—¡No! —aulló el otro, irritado, irguiendo la cabeza con auténtica expresión de furia—. ¡Usted sabe que no es cierto! ¡Sergio me prometió mi parte para cuando firmáramos el documento de sociedad, ni un segundo antes! Y ese documento nunca se firmó.

—Sergio no podía saber que iba a morir —le cortó ella.

—¡Morir! Ni siquiera estoy seguro de eso. Nadie ha visto su cadáver todavía.

—¿Cree que desapareció por propia voluntad? ¿Para qué iba a hacerlo? Su negocio ha empeorado al faltar él, los diamantes han bajado en el mercado mundial, y la firma produce menos, porque ni Alexis ni yo sabemos llevar el negocio.

—No me convencerá, señora Anápolos. Sergio era un embustero tan grande que ya nadie puede convencerme de que me esté diciendo la verdad. No creo en nadie.

—Yo tampoco creo en usted, Waldo. Después de todo, también ha mentido.

—¿Yo? —el socio arruinado boqueó, furibundo—. ¡Yo... mentir! Es... es inaudito que usted... que usted diga...

—¿Es que acaso admitió nunca haber visto a Sergio el día mismo de su desaparición?

—¡Y es la verdad! No le vi, no sé nada de ese feo asunto.

—Ahora es usted quién miente, es usted a quién yo no creo... ¡porque hay testigos que le vieron hablar con Sergio, en su propio cobertizo, junto a la aeronave deportiva!

—Eso es falso. Es una mentira que... —se detuvo de pronto. Pareció intimidarle la mirada fría de Marge. Frunció el ceño y pareció recordar.

Luego, casi gritó—: ¡Eh, sí! Espere, por Dios... Ahora recuerdo...

—¿Ahora recuerda... casualmente? —se burló con reticencia Marge.

—Sí, sí... Debe creerme... —jadeó De Motz—. Ese fue un incidente que no me pasó por la imaginación. Ni siquiera recordaba que hubiera ocurrido el mismo día en que él salió por última vez al espacio. Creí que fue días antes, en otra ocasión.

Ella dijo:

—Supongamos que le creo, Waldo. ¿Qué sucedió entonces? ¿Fue usted con él a bordo?

—¡Cielos, no! Eso no, señora Anápolos, debe creerme... Yo no fui con él a ninguna parte. Me limité a discutir con él. Nos habíamos encontrado casualmente. Yo estaba en el espaciódromo, aguardando la llegada de una aeronave de la Compañía que traía diamantes marcianos, refinados por la sucursal de *Anápolos* en Luna-Término. Entonces vi a Sergio entrar en su cobertizo privado y disponer su aeronave para una excursión espacial. Le abordé. Quería concretar mi posición oficial en la firma, exigí mi contrato. Creo que su marido se burló de mí en aquella ocasión. Me prometió hacerlo a la semana siguiente. Dijo que algo había cambiado notablemente y que debía de averiguar algo... algo «espantoso», según sus palabras. Yo le pregunté si iba a su refugio de la Antártida o al espacio. Me miró, como sorprendido de la pregunta, y respondió tras un silencio: «Al espacio, naturalmente... Yo sólo voy a mi refugio antártico cuando tengo días de descanso. Y ahora no puedo tomarme ningún descanso, Waldo. Nos veremos y firmaré su contrato, haciéndole socio industrial mío».

Marge se mantuvo en silencio. Miró a De Motz largamente. Luego, de forma inesperada, empezó a volverse y habló:

—Me voy, De Motz. Espero, por su bien, que haya dicho la verdad. Voy a dar una orden a Alexis. Le extenderá, un contrato como socio industrial. Percibirá el 10 por 100 de beneficios de la firma, trabajando para ella. Si fue la promesa de Sergio, la cumpliremos nosotros.

—¡Señora Anápolos! —atónito, De Motz la miró, abriendo enormemente sus ojos—. No... no puedo creer que...

—Es un acto de estricta justicia. Tal vez ceda en esto porque soy mujer. Los hombres se dejan llevar demasiado por su frío razonamiento legalista. Pero puedo disponer esto y lo dispongo así desde ahora. Sin embargo, Waldo, quiero advertirle algo: si ha mentido, si las cosas no fueron así o si usted tuvo algo que ver en la desaparición o muerte de mi marido, todo será mucho peor. Una mujer comprende y es sensible. Pero no perdona cuando encuentra una culpa.

Sin aclarar sus palabras, llego a la salida y la cruzó. Waldo de Motz ni siquiera atinaba a despegar los labios o a hacer otra cosa que seguir torpemente a la visitante, en un remedo de acompañamiento hasta la puerta.

Ya en ésta, balbuceó dificultosamente:

—Gracias, señora... Gracias... —y en voz más baja, que sólo él podía oír, añadió—: Soy inocente de toda culpa, se lo aseguro.

Marge Anápolos ya no podía oírle. Había subido a su turbomóvil y arrancaba vertiginosamente sobre las bandas metálicas de las aerovías urbanas, entre altas torres de aluminplast y de plastoacero.

Había visto ya a los dos hombres que mejor conocían a Sergio. Ambos parecían inocentes. Y, a la vez, ambos parecían ocultar algo.

Las sospechas continuaban alojadas en su mente.

CAPÍTULO V

¡A T A Q U E!

AR



GE conducía diestramente entre el dédalo de rutas aéreas, de espaciovías y de aeropistas urbanas. El tráfico denso y bien organizado del siglo XXI, en ciudades de gran tránsito como Ciudad del Cabo, no era problema para un buen conductor por la perfección de los turbomotores y por la amplitud y trazado magníficos de las vías, superpuestas en un auténtico tejido de rutas.

Iba meditando sobre todo cuanto había hablado con Turner y con De Motz. El primero acusó a De Motz, disimuladamente, de estar con Sergio momentos antes del último viaje de éste. De Motz, a su vez, se disculpaba con una historia plausible, pero parecía temeroso de algo y, desde luego, no era sincero por completo.

Cualquier persona puede ocultar a veces secretos insignificantes, haciendo creer a otros que son cuestiones vitales. Éste podía ser el caso de los dos hombres.

Pero también podía suceder todo lo contrario: que De Motz o Renzo Turner hubiesen tenido razones para atentar contra la vida de Sergio Anápolos.

Turner podía no ser tan leal y deportivo competidor como tenía a gala. Y De Motz podía haber recibido, al pie de la aeronave de Sergio, la promesa de éste de firmar el contrato... o una negativa a ultranza, que provocó el rencor criminal del exsocio.

Ahora, ella le convertiría nuevamente en socio de la firma, contra el criterio de Alexis. Ella podía hacerlo, aun disgustando a su cuñado. Esperaba poder vigilar así más de cerca a De Motz. Si era culpable, un día u otro terminaría delatándose, dando un paso en falso.

Y si no lo era... habría cumplido con un deber moral para con aquel infortunado.

Le arrancó de sus pensamientos una idea estúpida. La de que era seguida.

Clavó los ojos en el espejo retrovisor de acero. La carrocería azul cobalto del vehículo que iba detrás le resultó familiar.

Ya la había visto antes en pos de ella, a poco de abandonar la vivienda de

De Motz.

Podía ser casual. O podía ser que alguien la siguiese.

Eso se comprobaba fácilmente. Aceleró, en dirección a la llamada Central Square de Ciudad del Cabo, donde cientos de rutas aéreas y terrestres se bifurcaban en la gran plataforma de tráfico que formaba el nivel superior de la plaza.

Marge alcanzó la plaza en cuestión de minutos. El coche azul cobalto seguía detrás. Ella aceleró más aún, rodeando la plaza en un viraje abierto y audaz. Miró atrás. El vehículo azul no se había distanciado. Diríase que aceleraba al mismo tiempo que ella lo hacía. Creyó advertir que era una mujer la que conducía, pero no estaba segura.

La sospecha empezaba a ser casi una certidumbre. Hizo otra atrevida maniobra, lanzándose por una ruta en descenso, viró hacia otra carretera horizontal con la violencia de un tobogán o una montaña rusa, sintiendo saltar las ruedas bajo su cuerpo, pero el equilibrio de su turbomóvil se mantuvo, y luego describió otros dos virajes fantásticos, lanzándose abiertamente hacia Johannesburgo Road como una centella.

Se estremeció al mirar atrás.

¡El coche azul no se había despegado de su popa!

Los cabellos casi se le erizaron. Y no porque el endemoniado vehículo llevase su misma dirección, sino porque ahora le era dado ver claramente el volante, los asientes interiores del vehículo seguidor, que, pese a la velocidad que ella imprimía a su vehículo, parecía avanzar más y más, reduciendo la distancia entre ambos coches...

¡Y no había nadie al volante conduciéndolo ni en el interior!

Con aquella velocidad era imposible que ningún ser humano pudiera abandonar el vehículo sin destrozarse sobre la ruta o sin caer rebotando a otros niveles por las orillas de las aerovías, en las que el paso de viandantes no estaba en modo alguno permitido.

Y, sin embargo, no quedaba persona alguna a bordo del vehículo seguidor. Marge, realmente horrorizada, siguió presionando el acelerador hasta llegar al fondo. Una velocidad formidable impulsó a su vehículo. Dio varios virajes súbitos, se apartó de las vías concurridas, buscó las desiertas del exterior del casco urbano, para regresar a las mismas otra vez.

En ningún momento dejó de perseguirle el turbomóvil contrario. Era como llevarlo pegado, adherido por algún medio mágico, invisible.

¡Adherido!

Eso le dio la idea. Iba adherido, sí. Pero no por medios mágicos, sino por una especie de radar o magnetismo. Como el imán atrae al hierro, su coche atraía al otro. Y cuando ella frenase para detenerse... ¡el vehículo contrario se le vendría encima, chocando violentamente!

Se sintió horrorizada.

Alguien había instalado un sistema magnético de tracción en su coche. Al otro le había bastado ser conducido durante cierto trecho. Luego, la persona que iba al volante (¿sería cierto que era una mujer o lo advirtió erróneamente?) saltó al exterior y dejó ambos vehículos con su sistema de atracción conectado.

Eso provocaría el accidente. No era un medio seguro de deshacerse de alguien, porque ella podía maniobrar y reducir el impacto. Pero cuando hacían algo así, podía significar que existía otro peligro, menos visible, en todo aquello.

Recordó la advertencia extraña de Turner, que entonces se le antojó melodramática:

«¿No comprendes que si alguien es culpable, ese alguien intentará dañarte a ti?».

Trató de reducir la velocidad. Parecía un procedimiento estéril, porque el otro vehículo se mantuvo a la misma y el choque pareció inminente durante unos segundos. Ella aceleró, dispuesta a eludir la catástrofe. Logró sostener la situación por algún tiempo.

Casi mecánicamente condujo ahora hacia las propias factorías de la *Anápolos Worlds Diamonds* sin reducir la marcha. Allí, frente a las largas edificaciones blancas, rodeadas de cercas eléctricas, que formaban la factoría, la ruta se ampliaba enormemente y parecía más fácil intentar algo por eludir lo inevitable.

Manejando el vehículo con una mano, con la otra presionó el resorte de la portezuela y ésta se abrió. Estremecióse Marge, al descubrir la ruta, larga y metálica, pasando vertiginosa bajo las ruedas de su turbomóvil, donde su cuerpo se estrellaría inevitablemente si saltaba ahora.

Vaciló, con la idea desesperadamente aferrada a su mente. Pasó junto a un vehículo que iba en dirección opuesta. Por un segundo escaso su mirada se encontró con la del hombre que conducía el otro vehículo. Ella moduló con sus labios un desesperado grito de socorro. Pero, naturalmente, el otro coche pasó demasiado rápidamente para que su ocupante pudiera llegar a advertir siquiera que ella le decía algo.

La carrera hacia la muerte o el desastre continuaba en la amplia ruta. Marge miró de súbito, cambiando su marcha, en un esfuerzo desesperado por huir al perseguidor sin tripulante. Fue un empeño titánico, sin el menor resultado positivo, porque el turbomóvil azul cobalto viró tras ella, permaneciendo pegado a su cola, con una siniestra y ominosa fidelidad.

Entonces, asombrada, vio que de nuevo se le cruzaba el vehículo del hombre a quién fugazmente viera antes. Sus miradas se cruzaron un segundo apenas. Angustiada la de ella, penetrante la de él.

Y algo ocurrió. Aquel coche viró en redondo y se lanzó como un cohete en

pos del de Marge. Se situó junto al de la mujer, virtualmente pegado a su costado, donde la portezuela, aún abierta, permitía entrar el aire huracanadamente, a causa de la velocidad. La portezuela corrediza se había introducido en su ranura de la carrocería y no dificultaba la operación.

Marge, esperanzada, miró al hombre. Él la sonrió. Vio que su portezuela también se deslizaba. Ambos coches iban materialmente pegados de costado. A igual velocidad, con idéntico ritmo. Había que ser un gran conductor para hacer algo así.

—¡Salte! —gritó él, agitando su brazo vivamente.

El ruido infernal de las turbinas y el del aire, al ser perforado por los bólidos le impidió oír. Pero entendió el gesto. Entonces, sin soltar el volante, se deslizó sobre el asiento. Por un momento varió la velocidad y los vehículos se desaparejaron. Pero enseguida el experto conductor del otro vehículo volvió a situarse junto a ella.

Marge saltó de pronto.

Así, sin pensarlo, sin vacilaciones funestas. Saltó súbitamente, jugándoselo todo a aquella desesperada carta al soltar su volante.

Volvieron a despegarse los vehículos. Pero ahora todo era igual ya. Marge había caído sobre el asiento del otro coche y, rápidamente, el conductor del mismo cerraba de nuevo su portezuela, reduciendo la velocidad de su vehículo y quedándose atrás definitivamente, en tanto que los otros dos vehículos, pegados como siempre, proseguían su loca carrera, uno en pos del otro.

Marge se irguió. El conductor le preguntó, sin soltar el volante:

—¿Está bien, señorita?

—Sí, gracias... —jadeó ella tenuemente—. Muy bien... Y a usted se lo debo.

Él no contestó. Había frenado suavemente a un lado de la ruta, frente a la factoría de Anápolos. Parecía muy interesado contemplando la carrera de los otros vehículos sin tripulantes.

Esa carrera terminó de súbito cuando el coche azul cobalto se encontró con el otro, ya sin dirección. El choque fue violento y el perseguidor, con un fragoroso rasgar de metal, se empotró en la popa del que condujera Marge, reventando sus turbinas.

Sin embargo, ahí no terminó todo.

Asombrada, Marge presenció, desde el automóvil de su salvador, la repentina y tremenda explosión, el estallido de los dos vehículos, en una sola bola flamígera, que se expandió a gran distancia, cubriendo la ruta de pavesas y de restos llameantes. Una densa humareda negra se elevó del lugar. Los dos vehículos habían desaparecido.

El salvador de Marge se volvió lentamente hacia ella, con expresión de asombro.

—Creí que, en nuestra época, los motores de los vehículos no eran peligrosos —comentó—. ¿Aún utilizaba combustibles inflamables?

—Cielos, no... —denegó ella, roncamente—. No comprendo cómo... cómo sucedió eso.

—Pues yo sí. Llevaba usted detrás un coche con control automático y atracción magnética, es evidente. Pero aún llevaba algo más encima, lo cual resulta ahora no menos evidente: un poderoso explosivo, quizá termonuclear, con un sistema de explosión adaptado al momento del choque. Sinceramente, señorita... creo que alguien deseaba aniquilarla.

—¡Dios mío! —ella le miró con vivo horror. Estaba mortalmente pálida—. No... no soy señorita. Me llamo Marge Anápolos. Y soy la viuda de Sergio Anápolos...

El hombre del volante sonrió. Era joven, de cabello oscuro y expresión inteligente.

—Es casualidad que nos hayamos encontrado, señora —dijo tras un silencio—. Una afortunada casualidad. Mi nombre es Carlo Bonetti... Y venía desde Roma precisamente a hablar con usted.

* * *

—Has cometido muchos errores seguidos, Marge, querida —se desesperó Alexis Anápolos, con expresión de ira y de reproche—. ¿A quién se le ocurre comenzar a hablar con la gente, anunciando a gritos tu propósito de descubrir la verdad sobre Sergio? Y esa tontería de admitir en la firma de tu marido a ese hombre, ese Waldo De Motz, que acaso fue el mismo que envió tras de ti ese vehículo infernal...

—Mi querido Alexis, no sigas diciendo majaderías —le cortó ella—. Si De Motz es culpable, prefiero tenerle a mi lado, vigilarlo de cerca. Si no lo es, merece que se le atienda como a un ser humano de quien se abusó, por causa de legalismos... y también un poco por negligencia o por mala fe de Sergio.

—Marge, recuerda que Sergio era mi hermano —le replicó secamente él —. No tienes derecho a ofender su memoria, una vez muerto.

Ella contestó:

—La respeto tanto como puedas hacerlo tú. Pero llamo a las cosas por su nombre, eso es todo.

—Está bien, no discutan más sobre ese tema —intervino el visitante, incorporándose de su asiento de espuma en la enorme y ultramoderna sala de recepciones de la factoría de Anápolos—. Detesto las discusiones familiares.

Alexis Anápolos le estudió con gesto poco amistoso. Su pregunta distó mucho de ser la de un anfitrión perfecto y amable:

—¿Quién es usted, en definitiva?

—Alexis, bien lo sabes —replicó Marge vivamente—. No te pongas

desagradable. Es el hombre a quién debo la vida. De no ser por él, estaría convertida en átomos. O, todo lo más, en fragmentos más pequeños que los diamantes de nuestra industria.

—Todo eso lo sé ya, Marge. Yo me refería a otro aspecto de la cuestión. ¿Quién es tu salvador, aparte de ser esto, naturalmente?

—Se lo diré, señor Anápolos —sonrió suavemente el joven de cabello oscuro—. Mi nombre no le dirá mucho. Me llamo Carlo Bonetti. Vengo desde Roma.

—¿Bonetti? —Alexis frunció el ceño—. ¿Carlo Bonetti ha dicho?

—Sí —afirmó el joven.

Alexis murmuró:

—Su nombre me suena. Lo oí antes en alguna parte...

—Le felicito. Tiene buena memoria. Soy el hombre que encontró el cuerpo momificado en la aeronave de su hermano. Un patrullero del Espacio.

—¡Oh, es cierto! —Alexis cambió una mirada con su cuñada. Ella parecía tan sorprendida como él—. Un patrullero... ¿Y qué ha venido a hacer en África del Sur? Creí que la policía no se ocupaba ya del caso. Y mucho menos, un vulgar patrullero.

Marge tuvo un gesto de ira al advertir el afán incisivo de Alexis por herir de palabra a Bonetti. Argumentó, con rapidez, elevando el tono:

—Alex, estás pasándote de impertinente. Y esta casa es tan mía como tuya. No tolero groserías con mis huéspedes. Menos aun cuando debo la vida a ese huésped. ¿Está bien claro?

—No discuta ese punto, señora Anápolos —intervino suavemente Carlo—. No tiene importancia alguna, puesto que ya no soy patrullero. El señor Alexis no me molesta al decir eso.

—¿Ni siquiera es patrullero y viene a Ciudad del Cabo a ver a la viuda de Sergio Anápolos? —se irguió Alexis, procurando mantenerse correcto. Pero duro y poco amistoso—. ¿Cuál es su juego, señor Bonetti? ¿A qué se dedica ahora?

La respuesta de Bonetti le dejó frío. E hizo dar un leve respingo a Marge, que le contempló estupefacta.

—Ahora... soy agente especial de la SIP —informó brevemente Carlo.

—¡Agente de la SIP! —musitó Marge, tras una pausa sorprendida—. Cielos, ¿por qué no lo dijo antes?...

—No había una razón especial para ello. Sigo siendo la misma persona que era. Y si la casualidad y la fortuna me pusieron a su lado cuando el accidente provocado en la carretera, achákuelo al destino, no a la SIP. Hay cosas que ni siquiera nosotros podemos prever. Y una de ellas, es el asesinato por sorpresa de personas situadas muy lejos de nuestra protección.

—La SIP... —Alexis frunció el ceño. Casi masticaba el nombre entre dientes—. Un agente de la SIP... Diablo, lamento haberle molestado antes. No sabía quién podía ser usted...

—Tampoco tiene que disculparse —sonrió Carlo, burlón—. Sus ofensas no me hirieron. Tampoco sus disculpas me hacen feliz, señor Alexis. De modo que puede ahorrarse una cosa y otra, a fin de cuentas.

Alexis Anápolos resopló con ira. No le gustaba que le contestaran con sus mismas armas. La ironía del agente de la «Spacial International Police» era mal encajada por el hermano de Sergio.

—En ese caso, creo preferible dejarles a ustedes —observó agriamente—. Marge será un anfitrión mucho más agradable para usted, evidentemente.

—Eso es cierto —asintió Carlo, rebosando sarcasmo—. Es joven, muy bella y muy inteligente. La había imaginado mayor, por el hecho de ser una viuda. Celebro haberme equivocado. En cuanto a la razón de mi presencia en Ciudad del Cabo, se debe a que quiero descubrir el misterio que rodea la desaparición de su hermano Si usted no sabe nada, no podrá serme útil. Y si tuvo parte en lo que sucedió o fuera usted el culpable, señor Alexis, aún me sería menos útil... De modo que puede retirarse.

Alexis Anápolos pareció como si fuera a replicar violentamente a la mordacidad de Carlo Bonetti.

Peno, finalmente, pareció pensar que era preferible mantener los labios cerrados. Con una mirada fría y hostil, dirigida al agente de la SIP, abandonó la estancia, dejando a Carlo solo con Marge Anápolos, la bella y joven viuda de Sergio.

CAPÍTULO VI

DE NUEVO EL HORROR



O haga caso de Alexis. Es un muchacho extraño y muy violento. Especialmente desde que perdió a su hermano Sergio, que era el hombre fuerte de la familia.

Carlo denegó con la cabeza, apartándose del ventanal a través del cual miraba al exterior a la panorámica urbana, esplendorosa y radiante.

—No se preocupe —observó—. Lo comprendo muy bien. Ahora que estamos solos usted y yo, tal vez deba decirle algo. Algo que estaba obligado a declarar en principio, pero que he juzgado preferible referírselo a usted sola.

—¿Qué es ello?

—Soy agente de la SIP. Pero no estoy aquí como tal, sino como el ciudadano Carlo Bonetti, el hombre que ama la justicia y detesta el delito. ¿Me comprende?

—Sólo a medias. Si no viene por cuenta de la SIP, ¿quién le ha enviado a Ciudad del Cabo?

—Nadie. Yo mismo. Disfruto ahora de un permiso y he elegido esta ciudad ya que este caso me apasiona. En realidad, siempre deseé investigarlo desde aquel día. Usted sabe ya que fui yo quien subió a bordo, patrullando en mi vehículo policial. Creo que el asunto se enfocó mal entonces, no sé por qué. Y quiero descubrir dónde radicó el error, dónde estará el fallo que hizo imposible localizar a los culpables o culpable... y saber, concretamente, la clase de crimen ante el que nos hallamos. ¿Va entendiendo ya?

—Sí, ahora sí —le contempló, admirada—. Y usted cree que, siendo un simple ciudadano, aunque pertenezca a la SIP, si dice que no actúa oficialmente como policía, encontrará más dificultades para llegar a alguna parte...

—Eso es. Muchos no hablarían. Ahora, tal vez todos digan lo que saben. O casi todo. Y es posible que alguien se asuste. Un hombre asustado, si es culpable, puede delatarse a sí mismo.

—¿Sólo va a confiar en mí?

—Sí, señora. Hubiera, confiado igual, de no encontrarnos del modo que nos encontramos.

—¿Por qué? Usted no me conoce. Si ahora le ayudo, por gratitud, pudiera no haberle ayudado, de no mediar alguna cuenta entre nosotros.

—Yo sé que lo haría. No me pregunte por qué, pero lo sé. Además, no hay cuenta ninguna entre nosotros. Usted se hubiera podido salvar tal vez, del mismo modo, aun sin mediar yo —sonrió Bonetti.

—No me engañe; sé muy bien la suerte horrible que hubiese corrido entonces; de no surgir usted como un ángel protector.

—Soy lo más diferente a un ángel que pueda imaginar —rio de buena gana—. Me dijo usted antes que venía de hablar con ciertas personas sospechosas. Eso quiere decir que también está escarbando en la basura, ¿no es cierto?

—En cierto modo... sí.

—Y nada más ponerse a escarbar, intentan matarla. Eso demuestra que alguien empieza a asustarse. O que usted ha escarbado demasiado bien.

—No creo que sea eso último. La verdad es que no he averiguado gran cosa...

—¿Por qué no me lo refiere todo a mí? Tal vez pueda ayudarla a ver más claro algún detalle que se le haya escapado a usted.

—Muy bien. Se lo contaré todo. Y ojalá vea con más nitidez que yo.

* * *

—... y cuando dejé a Waldo De Motz en su casa y tomé mi turbomóvil, de regreso hacia acá, ocurrió lo que usted sabe —concluyó Marge su relato.

—¿Cuándo se sintió seguida de cerca? —preguntó Carlo, que había escuchado con silenciosa atención cuanto refiriera ella.

—A poco de salir de allí. Vi el coche color cobalto en pos del mío e intenté eludirlo por todos los medios, sin lograr nada.

—¿Vio al conductor en un principio... o siempre viajó automáticamente ese vehículo cargado de explosivos?

—No, no. Iba alguien conduciéndolo al principio, sin duda hasta situarlo a la distancia en que el magnetismo o fuerza de atracción de mi coche hizo su efecto sobre él.

—¿No tiene ni siquiera una ligera idea de quién podía ser ese conductor?

—No... Me pareció... que era una mujer.

—¿Una mujer? —levantó vivamente la cabeza, contemplando con asombro a Marge—. ¿Está segura de eso?

—No puedo estarlo. Ya le dije que me lo pareció. Pero no sería capaz de jurarlo.

—Una mujer... —Carlo reflexionó—. ¿Conoce a alguna mujer, aparte de sí misma, relacionada de algún modo con Sergio Anápolos?

—No... ninguna. Excepto una mujer con la que tuvo relaciones íntimas

tiempo atrás, antes de casarse conmigo.

—¿Quién era ella?

—Creo que se llamaba Erika Kerr. Una alemana muy bella. No hemos vuelto a saber nada de ella. Supongo que volvió a su tierra, con el dinero y las joyas que le dio Sergio.

—Erika Kerr... Es una posibilidad. ¿Ninguna más?

—Que yo sepa, no.

—¿Y las demás personas relacionadas con él? ¿Alguno es casado?

—Sí. Renzo Turner tiene una esposa bellísima: Lena. Pero no se relaciona para nada con nosotros. Es hermana de Sakmo Hoffman, un científico industrial austríaco, medio chiflado, al servicio de la «Anápolos Worlds Diamonds».

—¡Vaya! La señora Turner se relaciona así por dos conductos diferentes con Sergio Anápolos. Aunque ambos sean indirectos.

—Yo no la creo capaz de nada tan monstruoso y terrible.

—Si el delito se cometió, alguien fue capaz de ello, esté segura. A veces, el culpable es la persona de más honorable apariencia. No se fíe nunca de eso. Sigamos: ¿qué me dice de ese chiflado científico, el tal Sakmo Hoffman?

—Al parecer, es inofensivo, aparte sus chifladuras —Marge sonrió—. Sin embargo, siguiendo su teoría, no puede uno fiarse de eso.

—Claro que no. Iremos a verle en breve. ¿Queda alguien más?

—Oh, no. Sólo un viejo servidor, en un refugio de Carlo para sus vacaciones, en la Antártida, llamado Charlton. Y su secretario, Bowman... ¡Oh, espere! Bowman no está casado. Pero tiene una chica de raro aspecto. No es fea... pero no es una dama, ¿usted lo entiende? Dice que es su novia.

—Ya. ¿Dónde está ese tal Bowman?

—Lem Bowman fue su secretario hasta que Sergio consideró que no necesitaba a nadie para ese cargo, que podía destinar a su propio hermano, Alexis.

—Bowman puede ser un resentido, entonces.

Marge exclamó:

—Oh, no lo creo. Bowman es un tipo bohemio y divertido, nada ambicioso. Recibió una gratificación y dijo que no tenía gran empeño en seguir siendo secretario de un tipo tan aburrido como Sergio —sonrió Marge —. Estoy repitiendo justamente sus palabras.

Carlo dijo:

—Curioso tipo el tal Bowman. Creo que será el primero a quién visitaremos. Puede ser importante. Un secretario, como su nombre indica, muchas veces conoce los secretos de su jefe. Y tal vez, en uno de esos secretos de inocente apariencia, encontremos la clave de este enigma.

—No se haga demasiadas ilusiones al respecto —Marge inclinó la cabeza—. ¿Sabe una cosa? A veces me pregunto si no estaremos todos en un error... y no llegaría del mismo espacio el mal que aniquiló a Sergio y dejó aquella extraña momia allí...

Miraba hacia el azul, límpido y caluroso, por encima de las torres blancas, metálicas y cuajadas de vitroplast, que fulguraba al ser herido por el cálido sol africano.

También la mirada de Carlo fue hacia el espacio de donde Marge temía que hubiera podido llegar la muerte. Meneó la cabeza, dubitativo.

—Es posible —declaró—. Después de todo, es mucho lo que ignoramos de ese espacio maravilloso que creemos conquistado. A pesar de nuestro orgullo de terrestres, capaces de remontarse al espacio y de pisar mundos lejanos y extraños, lo cierto es que todavía resulta una puerta cerrada para nuestro saber lo que pueda haber más allá de Venus o de Marte. Y que el llegar a éstos, dentro de la grandeza del Cosmos, es casi como un juego de niños, como el primer balbuceo o el paso primitivo de una criatura que nace a la vida. Sin embargo, algo me dice que el mal, cualquiera que fuese, no vino de ahí. Lo que se abatió sobre su marido venía de la Tierra, de manos humanas...

Marge preguntó:

—¿Tan seguro puede estar de ello?

—No se puede estar nunca seguro de cosas así, señora Anápolos. Pero en la medida de mis ideas, éste es un caso extraño, que debió tener su raíz en el suelo mismo de nuestro planeta. Aunque luego fuese en el espacio donde ese algo siniestro se materializó.

—¿Y no cree en una simple desaparición por motivos financieros o por otras causas?

—Rotundamente, no. Eso sería casi vulgar. Y esto, señora, no es nada vulgar, se lo aseguro. Sea lo que sea lo que le ocurrió a Sergio Anápolos, dista mucho de ser algo común o corriente.

—Estoy de acuerdo con usted —aceptó ella, con una profunda inspiración que hizo agresivo su busto, bajo la ceñida blusa de tono gris oscuro—. Pero ¿dónde buscar algo, una pequeña pista que sea realmente útil?

—Varaos a ir a ver a Bowman. ¿Reside en Ciudad del Cabo?

—Sí. Ocupa una vivienda en el viejo sector bohemio y artístico de la ciudad.

—Bien. ¿Prefiere que vaya yo solo o desea acompañarme?

—¿Es que me permite que vaya con usted? —se sorprendió ella.

—Sí —Carlo la miró fijamente—. Puede serme útil. Es usted inteligente, analítica... y conoce bien a los personajes de la historia que estoy investigando.

Sin saber por qué, la bella y joven viuda enrojeció. Inclinó la cabeza,

asintiendo con voz débil:

—Gracias por su confianza, señor Bonetti.

—No me llame así —sonrió el joven agente de la SIP—. Creo que si vamos a ser compañeros de aventuras, merece la pena que tengamos cierta amistad. Llámeme Carlo.

—Y usted a mí, Marge —respondió ella—. Después de todo, en cierto modo somos camaradas desde ahora.

—Y aun antes de ahora. Creo que empezamos a serlo en la carretera, frente a su factoría, cuando el peligro nos unió a usted y a mí —hizo un gesto risueño—. ¿Sabe una cosa, Marge?

—¿Qué, Carlo?

—Usted será una especie de agente honorífico de la SIP, actuando en defensa de la Ley. ¿Se cree capaz de seguir adelante con tal responsabilidad?

—Seguro —Marge rio, a su pesar—. Tiene usted un modo de echar responsabilidades a los demás realmente encantador, Carlo.

* * *

El muchacho dijo:

—Hemos llegado, Marge. Es aquí, ¿verdad?

—Sí —asintió ella—. Aquí vive Lem Bowman.

Entraron. Era un típico edificio del sector bohemio de la ciudad. Dataría de 1980 o poco antes. Un lento ascensor les condujo al piso catorce. La mayor parte de las plantas estaban desocupadas ya que la ciudad se extendía hacia otros lugares. Lo que antes fuera el centro urbano, ahora se convertía en suburbio, por el avance progresivo hacia las zonas de ensanche.

Era de los edificios dotados de triple ascensor, en la misma hilera y visibles unos desde el otro, ya que discurrían en fila por el hueco central de la edificación. Una moda típica de 1980, que luego había caído en desuso.

Un ascensor descendente se cruzó con el de ellos, cerca ya del piso diez. Marge y Carlo miraron hacia él. Sólo lo ocupaba un hombre, que iba de espaldas a ellos, apoyado en la pared de cristal de la cabina descendente.

—¿No era acaso Bowman? —preguntó Carlo.

—No, no —denegó ella—. Bowman es pequeño y muy delgado. El hombre que bajaba era grueso. Es curioso, pero juraría que me resultaba conocido. No sé, tal vez lo vi antes, aunque solamente estuve aquí una vez, con Sergio.

—¿Estuvo usted aquí? —Carlo la miró fijamente—. Es raro que ustedes vinieran a ver al secretario de su esposo.

—Oh, fue un caso de suma urgencia... Sergio tenía que verle por una cuestión que surgió repentinamente y que necesitaba de la intervención de

Bowman.

Carlo preguntó:

—¿Sabe qué cuestión era?

—No. Era algo relacionado con los diamantes. Pero no le pregunté a Sergio. Simplemente, íbamos a salir de excursión en turbomóvil hasta Port Elizabeth cuando recibió la llamada visofónica, se excitó mucho y me pidió que le dejase conducir. Vinimos hasta aquí y él se entrevistó con Bowman. Yo esperé en la antesala... en compañía de esa mujer, la que asegura que es novia suya.

—Ya entiendo. ¿Eso fue mucho antes de su desaparición?

—Cosa de una semana o dos antes. Espere... Fue días antes de que Alexis pasara al cargo de Bowman... Sí, cosa de diez días antes de desaparecer mi esposo.

—¿De modo que hacía tan poco tiempo que Bowman había dejado de ser secretario de él? ¿No cree usted que pudo existir un fraude, un robo, un desfalco o cosa así, en diamantes o en metálico, y su marido vino a aclarar eso con Bowman?

—¡Cielos nunca se me ocurrió tal cosa!

—Entonces, Bowman confesó, pidió perdón, y su esposo, en vez de denunciarle a las autoridades resolvió substituirle, dio una gratificación y silenció así el engorroso asunto. ¿No sería una teoría muy sensata?

—Sí, pero... ¿es que sospecha usted que Bowman, despechado, trató luego de...?

El ascensor se detuvo. Carlo, con una sonrisa, tomó a Marge por el brazo, le señaló la planta en que se habían detenido, e informó:

—Hemos llegado. Deje de hacer conjeturas y vamos allá. Bowman puede responder, mejor que nadie, a todas esas interrogantes.

Ella asintió y salieron al corredor. En un fichero luminoso se indicaba los nombres de los ocupantes de aquella planta. Bowman ocupaba el apartamento C-37.

Se encaminaron allá. Carlo Bonetti pulsó el llamador. Dentro, un zumbido prolongado señaló la llamada. Pero no acudió nadie a abrir. Repitió por tres veces la llamada, con idéntico resultado.

—Creo que no están —dijo Marge—. ¿Vámonos ya? Podemos volver más tarde...

Carlo asintió. Se dispuso a partir con ella, dando media vuelta en dirección al ascensor de nuevo. Súbitamente, se paró en seco y olfateó el aire. Se dilataron sus fosas nasales.

—¿Percibe usted este olor? —preguntó, con los nervios tensos.

—Sí, creo que sí... —ella aspiró con fuerza—. Es muy débil, pero lo

percibo. Huele a vegetales. A algo especial, no sé... Muy parecido a la resina de los pinos... pero muchísimo más agrio... Nunca olí nada parecido.

—¡Dios mío, ya lo recuerdo! —gritó roncamente—. ¡Fue en la aeronave de su esposo!

Raudo, cargó contra la puerta. Pero ésta era metálica, resistente, con cerradura electrónica. Carlo rebuscó en sus bolsillos y extrajo una ganzúa recientemente entregada a los agentes de la SIP. Una anticarga magnética de determinada intensidad, que anulaba por completo la de cualquier cierre de seguridad.

Apuntó a la cerradura y disparó la carga. Un chispazo azul... y la puerta se abrió, con la cerradura inutilizada al cargar de nuevo con su sólido hombro. Marge iba a entrar. Carlo, empuñando su pistola de proyectiles corrosivos, la detuvo con un brusco ademán.

—¡Espere! —silabeó—. ¡Usted detrás de mí, y bien atenta a mantenerse protegida por mi cuerpo! No me gusta este olor... quizá porque me trae malos recuerdos. Vamos a ver lo que hay dentro, pero guardando las debidas precauciones, Marge.

Se movió ahora dentro del apartamento, llevando tras de sí a Marge. Su arma apuntaba hacia adelante con firmeza. Al menor detalle sospechoso, apretaría el gatillo sin contemplaciones.

Allí, el olor era mucho más intenso. Aunque su acritud era muy elevada, también su semejanza con el aroma de resina de los bosques de pinos era mucho más fuerte.

Se detuvieron ambos a la entrada de una confortable, aunque desordenada salita de estar. Entre cuadros abstractos, esculturas de las últimas décadas del Siglo XX y primeras del XXI, y tapices de seda plastificada, de moderna factura, descubrieron a los ocupantes de la habitación.

Estaban sentados en un asiento semicircular, vueltos de espaldas a la puerta, y contemplaban al parecer el mirador de forma curva que, frente a ellos, asomaba al pintoresco y anticuado barrio bohemio de Ciudad del Cabo.

Eran un hombre y una mujer, evidentemente. A pesar del contraluz, Carlo observó sus cabellos grises y lacios.

—Creí que Bowman y la mujer eran más jóvenes —susurró.

—Oh, claro que son jóvenes —musitó Marge, asombrada—. Ésos no son ellos...

—Tal vez sean sus padres —levantó la voz—. ¡Eh, ustedes! ¿Qué diablos les ocurre?

Los dos seres sentados en el sofá semicircular no se movieron. Carlo tuvo una desagradable idea:

—Están dormidos... o muertos —observó.

Marge, muy pálida, contuvo una exclamación con dificultad. Carlo se

volvió a ella.

—Sería mejor que saliera del piso —hizo notar—. Esto no parece agradable para usted...

—No, no. Prefiero quedarme... seguir a su lado —susurró ella.

—Muy bien. Allá usted. Vamos a ver qué les ocurre a esos dos...

Avanzó rápido y Marge lo hizo con él. Giraron en torno al asiento y se encararon con los dos personajes, el hombre y la mujer de pelo gris. Sus rostros se enfrentaron a los de ellos y la luz diurna iluminó crudamente sus facciones.

Marge lanzó un alarido espantoso, terrible. Se conmovió y pareció que iba a desmayarse. Carlo dio un paso hacia ella, pero no fue preciso seguir. Marge demostró su valor en aquel instante. Se mantuvo en pie, con un enorme esfuerzo de voluntad. Luego, gracias a la pared, en la que pudo apoyarse, sostuvo el equilibrio.

Los dos seres del asiento tenían la faz rugosa, empequeñecida... Parecían dos ancianos con más de cien años encima. Momificados, aunque menos que el cuerpo hallado a bordo de la aeronave.

Los dos estaban muertos, rígidos... sin señales de violencia.

Carlo avanzó, inclinándose sobre ellos. Estudió sus ojos vidriosos, helados, que miraban al más allá, al mismo Reino de la Muerte. Ojos cansados, de gente vieja y agotada. Gente que ha muerto sin temor apenas. Sólo con fatiga, con el cansancio de vivir demasiados años...

—Este hombre... —observó Carlo con voz ronca—. Tenía unos ojos extraordinariamente verdes... Y los de ella también son verdes, aunque más oscuros. Curiosa coincidencia...

Marge le contemplaba con vivo terror. Su faz tenía el color de una máscara de yeso. Luego miró a los dos ancianos momificados que yacían en el diván, sentados como si aún tuvieran vida.

—Verdes... —musitó—. Ojos verdes... Igual que ellos dos...

La cabeza de Carlo se volvió violentamente. Miró casi agresivamente a la joven. Avanzó hasta ella, la aferró por los hombros, sacudiéndola con rudeza, y la interpeló:

—¿Igual que quiénes? ¿Qué dos personas tienen ojos verdes? ¡Vamos, Marge, hable!

—Me hace... daño... —musitó ella.

—Perdone —Carlo la tomó más suavemente—. Es necesario que me diga eso, sin embargo. ¿A qué se refería usted cuando dijo que «ellos» tienen también ojos verdes?

—Hablaba de... de Lem Bowman y de la chica. Pero ellos... ellos son jóvenes... y no tienen parientes ancianos... que yo sepa...

Carlo Bonetti se estremeció. Lentamente, giró la cabeza y miró a los dos seres que se apoyaban en el respaldo del asiento. Estudió sus cuerpos, sus rostros... Momias. Igual que la encontrada en el aerocohete de Anápolos.

—Dios mío —susurró—. Sería demasiado horrendo. No es posible lo que estoy pensando.

—¿Y qué está pensando? —los enormes ojos de Marge le contemplaban con un terror infinito.

—Se me había ocurrido la loca idea de que... de que esos dos que yacen ahí... son los propios Lem Bowman y su novia.

—¡No! —Marge retrocedió, lívida, convulsa—. No es posible...

—Es lo que yo digo, Marge —la estudió, sintiendo que sus cabellos se erizaban—. Eso implicaría suponer... que la momia de la aeronave...

—Sí, Carlo —asintió inesperadamente Marge, con una crispación de horror en su faz—. La verdad es que siempre me dije que la faz rugosa de aquella momia, me recordaba terriblemente a Sergio.

CAPÍTULO VII

CIENCIA MALÉFICA



ERGIO Anápolos... Y ahora Lem Bowman y su novia... ¡Es demasiado horrible, Marge!

Ella asintió. Su voz, muy débil, estaba cargada de tensión, de pánico:

—Y, sin embargo, lo explicaría casi todo.

—Casi todo, pero no todo —replicó Carlo—. Explicaría dónde estuvo siempre Sergio Anápolos. Explicaría lo sucedido en el aerocohete... pero no cómo y por qué ocurrió. ¿Qué edad tenía su marido?

—Cuarenta y dos años. Era mucho mayor que yo. Pero se conservaba joven. Muy joven, Carlo...

—¿Y Bowman? ¿Y la chica? —miró, estremecido, a las dos momias.

—Jóvenes. No más de treinta años ninguno de ellos.

Carlo se acercó a los cadáveres y los estudió en silencio. Después habló:

—Yo he leído en novelas de «Science-fiction» cosas asombrosas sobre enfermedades y epidemias espaciales. Microbios llegados de otros lugares que resistieron el proceso de esterilización de los pilotos interplanetarios. Esa esterilización mató los gérmenes terrestres pero era inocua contra los extraterrestres. Eso eran fantasías, naturalmente. Imaginación de novelitas de diez centavos el volumen. Esto es diferente, Marge. Es real. Estamos viéndolo nosotros mismos.

—¿Una... enfermedad del espacio?

—Es una teoría, Marge. Quizá la más lógica.

—Bowman no fue jamás al espacio. Tenía horror a los vuelos espaciales. Como hace años, aquellos que temían los vuelos en avión.

—Entiendo —Carlo se mordió el labio inferior—. A pesar de todo, pudo llegar el virus o microbio a la Tierra, de alguna forma.

—Eso descartaría toda posibilidad de asesinato o violencia, ¿verdad?

—Naturalmente. Eso daría un nuevo cariz al asunto. Sufrimos acaso una peste nueva, desconocida. Sería preciso investigar científicamente, suplir a la policía por los médicos y químicos.

—Y aquí terminó nuestro papel de detectives —suspiró Marge, evitando

mirar a los dos muertos—. Una plaga del espacio... Gente que muere de vieja... que envejece de repente, en escasos minutos. ¿Será contagioso, Carlo?

—Si lo fuera, correríamos serio peligro —reflexionó Carlo—. Pero no lo creo. De todos modos, es raro que Bowman cogiera la epidemia. No se la pudo contagiar Sergio, porque él no volvió jamás con vida de su viaje, a no ser que ya lo hiciera con el virus sobre sí.

—Eso poco importa, después de todo. Lo único cierto es que murieron de viejos y que eso no puede ser un crimen, sino una enfermedad...

—... que no explica el hecho de que a usted intentaran matarla con un vehículo cargado de explosivos, ni que precisamente aquellos a quienes nosotros veníamos a ver muriesen de resultas de ese mal.

—Eso es cierto. ¿Cree que aún hay otro aspecto del misterio sin revelar?

Carlo se encogió de hombros, desesperado.

—Ni siquiera sé lo que creo. Estoy desconcertado, Marge. Ahora me doy cuenta de que soy un pésimo policía. Me muevo en tinieblas. Creo que la SIP hizo una mala adquisición al admitirme en sus filas. Alguna vez se darán cuenta de ello y me enviarán a paseo. Creo que harán muy bien.

—No diga eso, Carlo —Marge, instintivamente, puso una mano con energía, en su brazo—. Después de todo, nadie tiene la culpa de que se encuentre frente a un caso tan asombroso, tan inusitado. Es como buscar a un asesino imposible... Al «Asesino del Tiempo»...

Ella rio su propia definición, con una risa histérica, seca y breve. Carlo la miró, frunciendo levemente el ceño.

—«Asesino del Tiempo» —repitió para sí—. Sí, es un extraño nombre para un extraño e inaprehensible culpable, Marge. El mal que roba a la gente sus años de vida, de juventud y de madurez. Que les agota en momentos, que agosta sus cuerpos y energías, consumiéndoles igual que la llama consume el fósforo. Es inaudito.

—Y así tuvo que morir Sergio —dijo ella con amarga ironía—. Él, que pretendía, con el loco de Sakmo Hoffman, descubrir algo sensacional, algo capaz de aumentar la velocidad de los actuales cohetes hasta rebasar la de la luz. Algo que, según Sergio, era igual que rebasar les límites mismos del tiempo. A Sergio siempre le fascinaron esos temas sobre la posibilidad de remontarse por encima de esa dimensión llamada tiempo.

Carlo enarcó les cejas sin quitar su mirada de Marge. Algo excitado, indagó:

—Eso que ha dicho... eso que ha dicho ¿es cierto, Marge?

—Claro que lo es, Carlo. Sergio hablaba a menudo de todo ello. Me asustaba un poco.

—Oh, no, no —se pasó una mano por la frente, casi desesperado. El joven agente de la SIP parecía realmente confuso ante todo aquello—. Sería

demasiado fantástico... que se diera también esa casualidad.

—¿Qué casualidad?

—Esa del tiempo, la obsesión de Sergio Anápolos. Y ahora, el tiempo mismo es el que parece haberle aniquilado a él.

—Dicho así, suena realmente fantástico. Parece como si el tiempo tuviera inteligencia... y fuera capaz de matar.

—No me refería a eso, aunque pudiera parecerlo por mi modo de expresarme. El tiempo, si es realmente una dimensión o una forma en algún espacio, no tiene vida, es inanimado. Hemos de pensar otra cosa. En algo o en alguien capaz de controlar el tiempo a su antojo.

—¿Algo o alguien? ¿Qué quiere dar a entender con eso, Carlo?

—Justamente lo que he dicho. Si se desea dominar al tiempo por medio de la velocidad superlumínica, imagine que también se descubre el medio de dominarlo por medios más naturales, más al alcance de una mano científica: ¡Agotando la energía vital del ser humano!

—¿Qué quiere decir? —el estupor de Marge iba en aumento.

—Envejecer a un hombre en escasos minutos o en horas sería como robarle el tiempo, como matar su futuro... Sería asesinar. Pero de un modo frío, científico, implacable y perfecto. Sin dejar huellas, sin heridas ni violencias. Pero tan cruel y cobardemente como si se hundiera un puñal en el cuerpo de la víctima. Infinitamente peor.

—Es... es una teoría monstruosa, Carlo. Imaginar ese horror escapa a toda medida de la mente humana.

—Porque hasta ahora nadie lo intentó. Ocurrió una vez lo mismo con los gases asfixiantes. Nadie creía en ellos, hasta ver que se habían inventado. Y con la bomba atómica. Y con las V-l y V-2. Y con las naves del espacio... Y con mil prodigios científicos o técnicos, que han asombrado al mundo. Podría citar también la hipnosis, la sugestión, «el suero de la verdad», los combustibles modernos, que permiten enormes velocidades y un gasto mínimo. Todo eso, Marge, ha quedado atrás. Vivimos una época de prodigios. ¿Por qué no suponer que una ciencia perversa encontró el medio material, por virus, por radiaciones o como sea, de aniquilar al ser humano, envejeciéndole en minutos, hasta convertirle materialmente en una momia con centenares de años? Y, a la vez, agotando su organismo, sus energías y su vitalidad, incluso su corazón, su cerebro y sus músculos, hasta la total extinción de la vida en el cuerpo humano.

—Sería horrible.

—Pero explicaría todo este horror, Marge.

—¿Y quién iba a ser capaz de... de hacer todo esto?

—Eso tal vez lo averigüemos ahora.

—¿Ahora?

—Sí, Marge. Vamos a ver a ese tal Sakmo Hoffman, el auxiliar de su marido en los problemas científicos. Me interesa mucho saber qué tiene que decirnos al respecto.

Tomó consigo a Marge y se encaminó a la salida. Cuando pisaron el corredor no había nadie en el mismo. Se encaminaron a las jaulas de vitroplast de los ascensores.

Carlo, súbitamente, se detuvo ante ellos y sujetó el brazo de Marge con fuerzas.

Ella giró la cabeza, mirándole con extrañeza.

—¿Recuerda al hombre que vimos bajar en el otro ascensor? —indagó.

—Sí. ¿Qué ocurre con él?

—Estoy seguro, Marge, de que ese hombre era el que convirtió a Bowman y a la muchacha en dos momias centenarias.

* * *

El turbomóvil avanzó raudo por entre las marismas, y los desnudos árboles, cuyas ramas retorcidas se erguían hacia el cielo. Más allá, una vegetación parduzca se extendía en una amplia extensión.

—Vaya un feo lugar para vivir —comentó Carlo abruptamente—. Parece un decorado para una película de terror, de las que se producían hace cincuenta años.

—En cambio, es realidad. Una región pantanosa y fea de África del Sur. Dicen que aquí experimentó la Commonwealth sus armas nucleares hace años, cuando se temían guerras mundiales. La zona, después, quedó improductiva por completo.

—¿Y aquí se aloja ese tipo, Sakmo Hoffman?

—Sí. Aquí tiene su retiro. Cuando murió Sergio, se apartó de la empresa y se retiró a experimentar aquí. Es un hombre de acomodada posición económica, que adora la Ciencia —Marge meneó la cabeza de lado a lado—. No creo que él haya sido capaz de una cosa tan terrible. Puede estar un poco chiflado, pero no es un criminal ni un monstruo.

—La locura, a veces, dicta cosas horribles, que uno hace convencido de que no son malas. Un científico sería capaz de llegar al crimen, si con ello obtenía un nuevo éxito científico que revolucionase al mundo. No le digo que todos lo hicieran, pero sí el que convirtiera la Ciencia en un objeto de fanatismo o de demencia profesional.

—Hoffman no parece un fanático. Es, simplemente, un poco maniático con sus cosas.

—Puede ser suficiente. De todos modos, será mejor verlo antes de aventurar nuevas teorías... a no ser que también nos lo haya disecado ese «Asesino del Tiempo», como usted tan ingenuamente lo ha denominado.

Marge se cuidó en ese momento de indicarle un viraje en el camino y el turbomóvil se adentró entre desnudos árboles sin hojas, que recordaban una tétrica procesión de esqueletos, entre cuyos brazos huesudos se movía el vehículo diestramente, eludiendo la caricia de los dedos de desnuda madera.

Al fondo, emergió una loma rodeada de pantanos. Sobre la loma, una edificación de forma hemisférica, gris. A primera vista, creía uno hallarse ante un «igloo» de acero.

En realidad, ni era un «igloo», ni estaba construido de acero. La materia gris era densoplast, aleado con metales livianos y resistentes. El edificio, con su forma de casquete, cuajado de ventanales en círculo, se elevaba sobre una plataforma oval, que permitía la extensión de dos amplias terrazas, a un lado y otro del edificio. Terrazas desnudas, sin arbustos, simples plataformas lisas, de bruñido vitroplast gris. En una de ellas reposaba un ligero vehículo de color aluminio plata, sin matrícula. Era un esbelto cono alargado y angosto, capaz de elevarse a considerable altitud y a velocidades vertiginosas, si su conductor así lo quería.

—Parece que el amigo Hoffman vive con todas las comodidades —observó Carlo.

—Eso debe de ser reciente —dijo Marge—. Sergio siempre le decía a Sakmo Hoffman que tenía que adquirir una astronave y volar muy alto. Hoffman decía que no sentía el menor interés por volar a grandes alturas. Y que los experimentos de supervelocídad se podían realizar exactamente igual, sin salir de tierra, en las cámaras especialmente habilitadas de los Departamentos de Vuelos Espaciales dedicados a experimentación.

—Entonces, el científico se ha dejado convencer. Ahora ya tiene nave propia... Bien, vamos a posarnos en la otra plataforma, que tal vez se haya construido para ese menester. Es evidente que venir por tierra es imposible, en esta región llena de pantanos y marismas traicioneras. Forzosamente, este refugio ha de alcanzarse por el aire.

Evolucionó, rehuyendo hacerlo cerca o enfrente de la casa de Hoffman. Para ello, describió una curva a muy poca altura, en un lugar donde los árboles le cubrían casi totalmente. Entonces, se lanzó en línea recta hasta la plataforma de metal, donde se posó. Cerró rápidamente el turbomotor y abrió la portezuela, saltando al exterior. Marge observó que empuñaba un reducido manejable fusil de granadas superexplosivas. Se volvió, tendiéndole a ella una pistola de balas térmicas.

—¿Qué es esto? —se sorprendió la joven.

—Una pistola. Si aprieta el resorte, acostumbra a disparar —dijo él con sarcasmo—. Utilícela solamente en caso extremo. Nada más.

—¿Cree que habrá ocasión de utilizarla?

—Ojalá no la haya. Pero no está de más ir prevenido contra todo. Este lugar no me gusta mucho. Tiene algo siniestro, que no son precisamente los

pantanos, ni esos feos árboles, ni el cielo grisáceo. Debe de ser otra cosa inapreciable, algo que escapa a la simple mirada, pero que está aquí, junto a nosotros.

Marge tembló con temor, echando una mirada inquieta en torno. Carlo le oprimió el brazo con calor, antes de echar a andar hacia la entrada de la casa hemisférica.

—Perdone, no quise asustarla —dijo Carlo—. Sin embargo, debe de estar preparada contra todo. No me gustaría que nos sorprendiesen.

Se acercó a la puerta. Era una amplia entrada de vitroplast irrompible, esmerilado, que impedía ver lo que había al otro lado. Cuando se detuvieron ante la puerta, Carlo se dijo si habían sido dos o tres las sombras, que, fugazmente, se siluetaron sobre el esmeril. Un atento examen le hizo comprobar que solamente había dos: la suya y la de Marge.

Pero no hubiera apostado nada contra la posibilidad de que una figura humana, en el interior del edificio, hubiera estado cerca de la puerta, dejando recortar fugazmente su silueta, para inmediatamente desaparecer.

No le hizo notar nada de eso a Marge. No lo creía conveniente. Ya estaba la joven demasiado impresionada sin necesidad de dar nuevos espolonazos a su sensibilidad.

—¿Llamamos? —preguntó Marge.

—No —dijo súbitamente Carlo—. No llamaremos.

—Entonces... ¿qué piensa hacer? —le preguntó ella con viveza.

—Entrar ahí por medios directos —contestó acercándose a la puerta. El vitroplast era irrompible, blindado contra toda clase de proyectiles. Pero no contra el ácido corrosivo que los laboratorios de la SIP habían creado para sus agentes, de, uso especialísimo y reservado sólo a los hombres de la «Spacial International Police».

Un chorro, disparado con un diminuto tubo condensador, que extrajo de un bolsillo especial de plástico hermético, provocó el desmoronamiento de una de las vidrieras de la entrada. El vitroplast se derritió en gruesos goterones, sin hacer otro ruido que el que produjo el chorro de ácido, al brotar sibilante y tenue.

El corrosivo hizo su efecto rápido en menos de diez segundos. Carlo introdujo su mano por el hueco de goteante vitroplast. Movió un pestillo e hizo girar una llave. La puerta quedó abierta.

Carlo miró al interior, antes de aventurarse. Marge siguió en pos de él.

—¿No pueden arrestarnos por allanar una morada, Carlo? —preguntó.

—Claro que pueden. Por muy agente de la SIP que sea, no estoy autorizado a entrar en casa de nadie sin permiso de su propietario —rio huecamente Carlo—. Espero, sin embargo, que eso carezca de importancia, amiga mía.

—Yo también... —suspiró Marge.

Empezaron a moverse por la galería circular, que parecía dar la vuelta completa a la edificación hemisférica. El muro del fondo, el opuesto a las vidrieras que se extendían en derredor, era de estucado sólido, sin aberturas.

Carlo se detuvo de repente y avisó con voz ronca:

—¡Espere! ¿Se da cuenta de esto, Marge?

Ella le miró. Luego, asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Sí —declaró—. Me doy cuenta... Hay un olor muy fuerte a resina agria. Como en casa de Bowman... Mucho más aún...

—Sí. Y como en la aeronave de Sergio... Pero, como usted dice... mucho más intenso. Aquí apesta a resina agria. ¡Vamos, Marge, hemos de ver si llegamos aún a tiempo!

Y, tomando a Marge por una mano, mientras en la otra empuñaba con firmeza, el dedo en el gatillo, su corto y ligero rifle de potentes cargas superexplosivas, echó a correr por la galería circular.

A medida que avanzaban hacia el interior de la vivienda de Sakmo Hoffman, en los páramos pantanosos de la región septentrional de África del Sur, el olor siniestro a resina agria aumentaba en intensidad, como un pavoroso presagio de lo que les aguardaba allí dentro.

CAPÍTULO VIII

LA AUTÓMATA



A carrera terminó ante una nueva puerta de vitroplast, más sólida y resistente, al volver uno de los puntos curvos del edificio. Hicieron falta dos cargas del ácido corrosivo utilizado por el agente de la SIP.

Cedió el vitroplast reforzado y pasaron a un corredor interior, recto y en declive. Allí, el aroma a resina agria era intensísimo y aumentaba por momentos, como si se adentraran en el lugar mismo de donde procedía el maléfico olor.

Una de las veces, Carlo frenó en seco e hizo parar también a Marge con un enérgico tirón. Conteniendo el aliento, escucharon.

Delante de ellos, en alguna parte, sonaron rápidos y ligeros pasos que se alejaban. Carlo cambió una mirada con Marge. Una mirada viva, inquietante.

—Alguien huye, Marge —silabeó el agente de la «Spacial International Police».

—Sí, eso creo... —asintió ella, casi sin voz.

—Eso denota que estamos sobre la auténtica pista. ¡En marcha! Hay que encontrar lo que sea, llegar hasta el fondo mismo de este diabólico asunto.

Siguieron adelante. La carrera ahora era tan apresurada y era tal la elástica rapidez de Carlo Bonetti en la marcha, que a duras penas podía seguirle Marge, aun yendo a remolque suyo, sujeta por una mano del joven.

El pasillo moría en una fría cámara rectangular, de la que partían cuatro puertas. En el muro había enmarcada una buena fotografía de un hombre con espesa barba rojiza, ojos saltones y cabello rojo y abundante como su barba.

Marge le informó:

—Ese es Sakmo Hoffman.

Carlo no dijo nada. Abrió una por una las puertas. En realidad, solamente abrió tres; la cuarta se resistió. Miró significativamente a la joven.

—Por ahí —dijo—. Creo que ha sido un tonto en cerrar tras de sí. Le hubiéramos encontrado con mayor dificultad si no hubiera cerrado ninguna.

Disparó sobre la puerta. Una carga explosiva hizo añicos la cerradura y parte de la puerta. Tras el horrísono estampido, Carlo echó a correr, seguido por Marge. Entraron en un corredor angosto. Allí resultaba casi insoportable,

mareante, el olor a resina ácida.

—Si ese olor es el que envejece a las personas, Carlo, creo que nos volveremos como Matusalén —comentó ella, con lúgubre humor.

—No creo que sea el olor —jadeante, Carlo se detuvo—. Pero tampoco creo que sea este el camino.

—¿Eh?

—Nos hemos pasado de listos. Y él ha demostrado no ser ningún tonto. Cerró una puerta, sí, pero ¡no era la que utilizó para alejarse de nosotros!

—¿Por qué supone eso ahora? Usted dijo...

—No importa lo que dije. ¡Mire delante suyo!

Señalaba al fondo del oscuro corredor. De allí parecía llegar una densa bruma, algo así como una humareda acre, grisácea, que todo lo dejaba borroso. En aquella bruma, que era como jirones de humo escapando de alguna parte, brillaban dos ojos.

Dos ojos malévolos, dos ojos monstruosamente rasgados y amarillos, fijos en ellos con perversa fijeza. Ojos situados casi a ras del suelo, ojos que parecían reptar.

Marge lanzó un leve grito, se acurrucó tras de Carlo Bonetti y jadeó:

—¿Qué... qué es eso, Carlo, por el amor de Dios?

—¿Eso? —él la retuvo contra sí, a sus espaldas, protegiéndola, cubriéndola materialmente con su propio cuerpo—. Es una fiera, Marge... Parece un tigre real, pero juraría que es un «gato marciano», una especie mucho más temible que los tigres terrestres... Un felino con la piel tan dura como la de un rinoceronte ¡contra el cual los proyectiles que poseemos no son eficaces en absoluto!

Marge gritó de nuevo, ahora con vivo terror. Se crisparon sus manos en los brazos de Carlo. Tenía sus motivos para estar asustada.

El animal propietario de aquellos feroces ojos amarillos había emergido al fin.

Carlo había acertado. Era un «felino marciano», o «Martian-cat», como lo llamaron los primeros expedicionarios al planeta rojo. Un animal manchado, de durísima piel y ferocidad superior a la de cualquier fiera terrestre.

Su rugido pavoroso atronó el corredor. Luego avanzó elástica, cruelmente, hacia sus dos seguras víctimas.

* * *

Carlo Bonetti jamás apuntó con mayor precisión a un enemigo. Pidió mentalmente a Dios que guiara su mano cuando apuntó al tigre de Marte y apretó el gatillo del fusil de cargas superexplosivas.

El blanco elegido era casi inapreciable a aquella distancia: un ojo del

animal.

Acaso la Providencia guio su pulso y su vista. Lo cierto es que el monstruoso tigre de piel blindada se detuvo en el aire, en medio de su felino salto, con un alarido espeluznante. Rugió con dolor terrible y se revolcó por el suelo, al caer a poca distancia de la aterrorizada pareja. De su ojo izquierdo, elegido por Carlo como increíble blanco del disparo hecho a vida o muerte, brotaba la sangre a borbotones.

El animal estaba herido de muerte.

Ciego, estremecido de dolor y sintiendo en el interior de su cabeza el estallido de la carga, el animal se revolcó, agónico, hincando sus zarpas en el suelo. De la dureza y virulencia de aquellas garras tuvo una clara idea Marge al advertir las tremendas líneas de surcos que las garras trazaron en el duro plástico metalizado del suelo.

—Dios mío —susurró, apoyando la cabeza en el hombro de Carlo—. Dios mío, lo hizo usted... Lo consiguió...

—No me admire demasiado. Yo estoy tan sorprendido como usted. Creo que ha sido como un milagro.

Carlo vio extinguirse la vida del animal. Luego tosió, sofocado. El humo o neblina del fondo llegaba hasta ellos, provocando una opresión violenta en su pecho.

—Creo que ahí termina el pasillo —dijo Carlo—, donde nos aguardaba el tigre. Me gustaría ver lo que hay detrás. No se mueva de aquí, Marge. Voy a averiguarlo...

Avanzó, pasando por encima del tigre. Dio apenas una docena de pasos, encontrándose con la abertura de una jaula a ras del suelo. Los barrotes estaban echados ahora. Pero oyó deslizarse algo al fondo de aquella jaula: otros «tigres de Marte». No se sentía en disposición de repetir el formidable blanco, por lo que optó por retroceder.

Y entonces descubrió lo que había más allá de la jaula, justamente al final del corredor.

La boca negra, tenebrosa y profunda de un pozo o sima. De allí brotaba la humareda densa que llenaba todo el corredor. La tos se le hizo más espasmódica a medida que avanzaba, ahora sin importarle ni siquiera los tigres. Vio un resorte en el muro y lo presionó, tras una vacilación.

Una luz fosforescente, verdosa, se hizo en el lugar, invadiéndolo todo hasta sus últimos rincones. Penetró, incluso, en el interior de la insondable abertura circular, el pozo enigmático que tenía ante sí.

Se asomó, intrigado, dispuesto a descifrar aquel nuevo enigma de la extraña vivienda de Sakmo Hoffman.

* * *

Contempló con estupor lo que contenía la sima en su fondo.

Era un pozo circular, de muros lisos, sin acceso alguno a su interior, aunque no parecía que nadie tuviera que descender a semejante lugar.

Una masa espesa, como pasta, se agitaba y bullía en el fondo. Su hedor a resina agria era insoportable, intensísimo allí. Penetraba tan absorbentemente en uno que llegaba a provocar náuseas.

Carlo Bonetti lo examinó atónito, entre toses y lágrimas. Pero logró dominar sus sentidos y apreciar bien la densidad y coloración grisácea de la masa. Parecía hervir. Sus gorgoteos eran inquietantes, extraños. Como si estuviese vivo todo aquel horror.

Naturalmente, no lo estaba. Era como esos pantanos en cuya superficie las burbujas de fango imitan el bullir de una caldera. No recordaba haber visto jamás aquella materia en lugar alguno, ni tampoco haber olido algo semejante a aquel hedor.

Una idea súbita le asaltó. Volvióse lentamente y aferró la larga cola del tigre marciano. Marge, viéndole obrar, interrogó, sorprendida:

—¿Qué piensa hacer, Caerlo?

—Un pequeño experimento. He encontrado algo. Algo que me gustaría saber para qué sirve. Voy a utilizar a este pequeño para ello...

Tiró del animal, arrastrándole por la cola hasta el borde mismo del pozo. Luego, de una serie de patadones, logró lanzarlo al interior. Se inclinó, contemplando la sima y su extraña materia, a la luz opalescente de los muros de aquel extraño lugar.

Lo que vio erizó todos los cabellos de su nuca. Retrocedió dos pasos, con una interjección áspera.

Resultaba inaudito ver aquello. El cuerpo del animal empezó a encogerse, a hacerse rugoso y raquítico, su cara de extraño felino se encogió también, cubriéndose de arrugas. Sus dientes cayeron rápidamente, como arrancados de un tirón. Luego su caparazón formidable se deshizo a tiras, se diluyó por completo, terminando por flotar unos instantes en aquella pastosidad devoradora el esqueleto del «martian-cat».

Cuando el esqueleto del felino se sumergió en la densa materia corrosiva, el extraño drama terminó.

Carlo Bonetti dio dos pasos atrás, muy pálido. Sentía resbalar el sudor por su rostro. Ahora sabía algo más sobre el secreto alucinante de las muertes vistas hasta entonces.

Muertes en que los seres fueron aniquilados por una dosificada aplicación de una materia capaz de agotar la naturaleza humana en poco tiempo. Muerte que, en aquella materia, podía ser inmediata, desintegradora al hallarla en dosis masivas. Pero alguien, sin duda el propio Sakmo Hoffman, encontró el medio de administrarla en forma reducida.

Y esa materia, en el interior del cuerpo humano, no causaba heridas ni violencia. Solamente una acción destructora de los tejidos, una acción progresiva de envejecimiento y de agotamiento físico y mental.

Allí, en el fondo de aquel pozo siniestro, estaba el auténtico «Asesino del Tiempo».

Pero ¿quién utilizaba esa materia aniquiladora en beneficio suyo?

De súbito, se volvió sobresaltado.

Un grito terrible llegó a sus oídos. Era la voz de Marge. Y percibió sus palabras angustiadas, trémulas, que vibraron bajo las bóvedas del lugar con ecos profundos:

—¡Oh, no, Dios mío! ¡Carlo, Carlo! ¡Sálveme! ¡Esa mujer...! ¡Esa mujer viene hacia mí!

Carlo corrió hacia donde dejara a Marge, esgrimiendo su fusil de granadas superexplosivas.

* * *

El rostro de Marge era la viva imagen del terror.

Carlo Bonetti la descubrió agazapada contra el muro del corredor, apoyando en éste sus espaldas, y sin resolverse a utilizar su pistola.

Frente a ella, llegando de la oscuridad que dejaran atrás en su excursión al interior del fantástico santuario de Hoffman, la mujer que había nombrado Marge.

El joven agente de la SIP contempló también a aquella mujer, sin resolverse a disparar. Advirtió sus ojos clavados en el vacío, que ni siquiera miraban a Marge o a él, su vidriosa expresión, la rigidez de su cara, desprovista de todo gesto o emoción. La figura, alta y esbelta, avanzaba también rígidamente, como un muñeco articulado que careciese de flexibilidad en su espalda.

En una mano esgrimía una aguja hipodérmica, que llevaba en ristre, dirigida directamente a Marge Anápolos. La mano crispada que la empuñaba no hacia el menor movimiento. Era como un garfio, sujetando la jeringuilla, repleta de un líquido grisáceo que estremeció a Carlo.

¡La jeringuilla de la mujer contenía el mismo elemento destructivo y terrible que viera momentos antes en el pozo!

Y se disponía a clavarle la aguja a Marge, que retrocedía cuanto le era posible, ignorando el terrible significado de aquella inyección, si llegaba a efectuarse.

Carlo observó un solo instante a la mujer de movimientos automáticos. Era hermosa, muy hermosa y joven. Sus ojos eran muy azules, el cabello de un negro intenso, con un mechón blanco sobre la amplia frente. La boca bien dibujada, la nariz recta, el rostro anguloso y los pómulos acentuados.

Luego el joven agente de la «Spacial International Police» se resolvió a entrar en acción. Si no lo hacía, la jeringuilla estaba a punto de entrar en contacto con la piel de Marge. Y ésta, agarrotada por el terror y la sorpresa, tal vez no supiera reaccionar a tiempo, con la debida eficacia.

Levantó su fusil de granadas superexplosivas, pero no para dispararlo, ya que el daño mínimo hubiera sido destrozar el brazo de la mujer autómata. Empuñó el arma por el cañón.

Soltó un mazazo brutal con la culata en la mano armada de la jeringuilla. La mujer no gritó, no sintió el dolor, únicamente dio un paso atrás, mientras de su mano caían los fragmentos de la destrozada jeringuilla y la aguja de ésta, juntamente con el líquido gris, que se extendió por el suelo formando goterones sólidos, parecidos a los que produce un termómetro de mercurio al quebrarse.

Marge corrió a ocultarse contra el cuerpo de Carlo, que la rodeó, protector, con uno de sus brazos, sin desviar la mirada de la mujer.

—¡Iba a matarme! —jadeó Marge—. Iba a matarme, ¿verdad?

—Sí. Del modo más horrible que jamás se pudo soñar, Marge: inyectándole esa materia gris que absorbe la juventud, los tejidos fuertes y vitales, que envejece al ser humano hasta hacerle morir por agotamiento, por envejecimiento exagerado de todo el organismo y todos los tejidos vivos. Ahí tiene a un «Asesino del Tiempo», Marge.

—¡Oh, es horrible! —musitó, estremecida.

—¿Horrible? Sí, es francamente espantoso, lo más increíble que vi jamás. Un veneno seguro e impune para quien lo utiliza —miró a la mujer. Ésta seguía en mitad del corredor, como idiotizado, mirando fijamente al vacío, sin saber qué hacer—. ¿Conoce a esa mujer, Marge?

—Al principio me pareció tan horrendo su aspecto y su actitud que no pude reconocerla, Carlo. Además el mismo miedo me agarrotaba, me dificultaba incluso la acción misma de pensar.

—Lo comprendo muy bien, Marge. A mí me hubiera sucedido igual en su caso. Dígame ahora, por favor... ¿la conoce ya?

—Claro. Es Lena, la esposa de Renzo Turner y hermana de Sakmo Hoffman.

En aquel momento, en el exterior sonó el estruendo de un turborreactor. Marge miró vivamente hacia el fondo del corredor y gimió, alarmada:

—¡Nuestro vehículo! ¡Se lo llevan, Carlo!

Él negó con la cabeza, irritado.

—No. Creo que es el otro el que se llevan; el aerocohete ligero que vimos en la terraza opuesta, el de color gris. Sería inútil perseguirlo. Puede triplicar la velocidad de nuestro turbomóvil con la mayor facilidad. ¿Oye ese reactor? Es el de un mecanismo de gran potencia. Me parece que han utilizado el

«martian-cat», ese pozo de materia devoradora de juventud y la hipnosis o sugestión de esa mujer para distraernos y, entretanto, huir de aquí.

CAPÍTULO IX

MÁS HORRORES



L inspector Graham, de Ciudad del Cabo, contempló con estupor a Carlo Bonetti cuando éste terminó su relato. Meneó la cabeza atónito.

—Cielos, no... No puede creerse una cosa así...

—Pues es la pura verdad. Vaya con sus hombres a esa región y con explosivos termonucleares o de lo que sea, destruya la casa y la materia que contiene. Pero destrúyalo. Ya no hay nadie en la casa ahora; no tema aniquilar otras vidas que las de esos «gatos marcianos» del diablo.

El inspector dijo:

—Si usted no fuese un miembro de la SIP. Bonetti, no creería una sola palabra de lo que me cuenta. Pero debo rendirme a la evidencia. Ustedes han traído consigo a la señora Turner convertida en un autómata. Supongo que eso tiene su explicación, junto con todo lo demás.

—Claro que sí. Debe creerme. Es la pura verdad, por inaudita que le parezca, inspector. ¿Han llamado ya a Renzo Turner para que vea a su esposa?

—Sí, lo hemos hecho. ¿Usted cree que fue el propio Sakmo Hoffman quien hipnotizó o sugestionó a su hermana para enviarla contra ustedes mientras él se ponía en fuga?

—Ni la señora Anápolos ni yo hemos visto a Sakmo Hoffman. Oímos huir a alguien. Luego nos metimos en la trampa tontamente. Y cuando aún no habíamos salido de sobresaltos, llegó el ruido del turborreactor. Escapó sin que le hubiéramos visto. Pero, evidentemente, debía de ser Sakmo. ¿Quién, si no?

—Es evidente, sí. Su locura de buscar algo que venciese al tiempo le llevó a ese hallazgo espantoso. ¿Cree que la materia es un producto químico?

—Más bien creo que son algunas células o microbios fortalecidos y alimentados químicamente. No son elementos vivos, desde luego. Es un simple corrosivo, como un ácido cualquiera. Sólo que, en dosis pequeña, tratada quizá químicamente antes de su aplicación directa al hombre, lo que hace es destruir la juventud, envejecer a los seres. Virtualmente, al asesinar a cualquier ser humano, asesinan al tiempo.

—Asesinar al tiempo... ¡Qué curiosa expresión! —comentó Graham.

—No es mía. Se le ocurrió a la señora Anápolos. Y es muy exacta. No podían hallarse nunca rastros de violencia, ni siquiera indicios de un crimen. Porque el crimen era científicamente perfecto. Inoculación del virus por medio de inyectable intravenoso o intramuscular, aún ignoro cómo actúan esas células absorbentes. Un simple pinchazo invisible... y una muerte rápida y cierta, sin dejar huellas. ¿Qué otra cosa mejor puede soñar un criminal para sus hazañas?

—Y bien. ¿Qué hizo usted al oír escapar al turbo-cohete más veloz que el de ustedes?

—Comprendí que, por el momento, nos habían ganado la partida. Estuve en lo cierto al indagar en torno a Hoffman. Pero había equivocado el sistema. El asesino no es un tipo que actúe con acierto por pura casualidad. Es muy inteligente y rápido en sus acciones.

—¿Dónde puede estar metido ahora? Con esa nave sería capaz de haberse ido a algún planeta. Si se refugia en Venus o en Marte, será difícil, por no decir imposible, localizarle alguna vez.

—Lo sé. Confiemos en que no sea así y vuelva a la Tierra. En realidad, ignoramos todo o casi todo sobre él. Si es Hoffman... ¿ha obrado por algún motivo o simplemente por matar, por experimentar brutalmente sobre seres vivos su sensacional hallazgo?

—¿Usted aún duda de que sea Hoffman?

—Ya le dije que no le he visto. No puedo asegurarlo plenamente, aunque todo le acuse. Podría ocurrir que el verdadero delincuente tuviese secuestrado a Hoffman... o le hubiera arrojado adonde yo arrojé al «martian-cat».

—¡Cielos, sería espantoso!

—Todo es espantoso, aun sin ese macabro y horrible detalle. Exponía una simple teoría que podría ser factible, inspector Graham. Y que dejaría a Hoffman al margen de culpas, aunque no de responsabilidades por actuar sobre experimentos tan peligrosos para la especie humana.

—Bien, si al menos Lena Hoffman... bueno, quiero decir, la señora Turner, hablase ahora, tendríamos un testigo de importancia. Ella no creo que obrase por su propia voluntad en este asunto.

—El hecho de que la hipnotizaron así parece confirmarlo. Ella, si vuelve a su estado normal y sabe algo, tal vez lo diga.

—¿Tal vez? Oh, no. Lo dirá, sin lugar a dudas, Bonetti. ¿Por qué habría de callar?

—Por dos razones: por miedo... o por amor.

—¿Amor? ¿Miedo? ¿Qué quiere decir, Bonetti?

—El miedo puede tenerlo hacía el culpable, ser una esclava aterrorizada de él. Recuerdo que un atentado dirigido a la señora Anápolos, precisamente

cuando la conocí, fue iniciado por una mujer. Seguramente fue la propia Lena. Abandonó el coche, tras situarlo a una distancia de atracción magnética poderosa del vehículo de Marge. También iría sugestionada. Al volver en sí, puede temer al hombre que la hipnotiza. O puede amarle.

—Eso aún lo entiendo menos. ¿Habla de su marido?

—No. Hablo de su hermano, Sakmo Hoffman. Si él la dirige a voluntad, ella callará por un natural deseo de proteger y ocultar a su hermano. Quizás el caso también sería aplicable a Renzo Turner, quién sabe...

—Los doctores han ido ya a examinarla. Espero pronto un resultado positivo, que vuelva a ser la Lena que todos conocemos y que hable de lo que interesa a la justicia.

—Usted es demasiado optimista, inspector.

—¿Cómo?

—Permítame que le diga algo que creo sinceramente: Lena no volverá fácilmente en sí. Su estado psíquico es muy delicado. Yo me he permitido llamar, entretanto, a un eminente psiquiatra y experto en enfermedades nerviosas y mentales. Y también a una autoridad en sugestión e hipnosis científica: el doctor Etore Falvio, de Milán. Llegará a Ciudad del Cabo en un «superroutier» de línea de emergencia.

En este momento se abrió la puerta de la oficina del inspector. Un hombre entró en ella con aspecto fatigado y abatido. Carlo, contemplándole, se dijo que había cosas en el mundo que podían envejecer casi tanto como la droga infernal de Sakmo Hoffman.

Rengo Turner, de quien Marge le mostrara unas estéreofotos en color natural, parecía ahora diez años más viejo. Si su mujer no volvía en sí muy pronto, ese envejecimiento iría en aumento, aun sin monstruosos injertos devoradores de juventud.

—¿Qué hay? —indagó Graham rápidamente.

—Nada de nuevo —respondió sombríamente Turner, pasando entre los dos hombres como un sonámbulo y yendo a detenerse frente a la ventana de la estancia—. Sigue igual. No vuelve en sí. No está peor, pero tampoco mejor. Duerme. Respira profunda, normalmente. Pero duerme. ¡Y duerme sin parar! ¿Es que no piensan hacer algo?

—Claro que se está haciendo, Turner. Todo lo que se puede —respondió Carlo—. Si los médicos de aquí fallan, hay un especialista eminente que...

—Sí, le oí eso. Etore Falvio, de Milán. ¿Usted le cree capaz de salvar a mi mujer de ese horrible sopor, de ese «no ser» que me desespera y me aterra?

—Si el doctor Falvio no lo hace, Turner, no lo hará nadie en el mundo. Nadie —sostuvo firmemente Bonetti—. Puede estar seguro de eso, al menos.

Renzo Turner se restregó nerviosamente las palmas de sus grandes manos. Luego se enjugó el sudor de su frente, dio varios paseos nerviosos, en

silencio, y terminó por revolverse, hasta quedar plantado frente a Carlo, que le contempló con curiosidad.

—Usted pertenece a la «Spacial International Police», ¿no es cierto? —interpeló.

—Sí —admitió Carlo—. ¿Por qué me lo pregunta, Turner?

—Usted es la ley, Bonetti. Usted puede hacer algo por Lena, si continúa así o empeora.

—Recuerde otra cosa, Turner. Soy de la SIP, pero no estoy metido en este embrollo como agente de mi organización. Sólo como un policía de vacaciones. Nada más.

—Bien, no me importa. Lo que cuenta es que usted es de la SIP. La clase de hombre que puede hacer lo que yo deseo. Lo que quiero que haga, y por lo que estoy dispuesto a pagarle lo que me pida...

—Creo que vuelve a equivocarse conmigo, Turner. Yo no acepto dinero. No es por dinero por lo que ahora me veo metido en esto...

—¡Infiernos, lo sé! —atajó Turner, violento—. Sé todo eso, Bonetti. Está ayudando a Marge a descifrar el enigma, de su esposo. He oído que quieren desenterrar a la momia hallada en su aerocohete para comprobar si era realmente Sergio. Pero ahora esto es diferente. Se trata de Lena, mi esposa. No quiero que le ocurra nada. La amo. Pero si le ocurriera...

Hizo un alto. Carlo le estudió con los ojos empequeñecidos. Sonrió, sin humorismo.

—Si le ocurre algo... ¿qué hará, Turner? ¿Intentar vengarse al estilo de un viejo vaquero de hace dos siglos? Vamos, no sea ridículo.

—Diga lo que quiera. Pero no es justamente venganza lo que pido, sino justicia. Yo deseo que, de pasarle algo a Lena, le pase también al ser que le provoque, el daño. Se lo pido a usted, que es el más indicado. Y repito que si precisa mucho dinero, sólo tiene que decirlo. Una recompensa, o dinero para gastos, como quiera llamarlo...

—El nombre no altera el hecho, Turner. Le agradezco su buena intención, pero no puedo aceptar dinero por esto. Sólo le digo una cosa: estoy tras la pista del asesino, sea quien sea. No sé aún por qué hizo todo esto, ni dónde estará ahora. Pero lo encontraré sea como sea. Me lo he propuesto. En cuanto a Lena... si algo le hicieran, no necesitaría vengarse usted. Yo me cuidaría de que todos y cada uno de los que la hubieran dañado fuesen a parar a la cámara electrónica de la penitenciaría.

—Gracias, Bonetti. En usted confío —Turner respiró con energías—. Me encuentro mejor ahora.

—Se encontrará mejor cuando Lena salga de peligro, Turner. Ahora voy a verla yo. ¿Hay alguien con ella?

—Sí. Sus enfermeras y la señora Anápolos. También el doctor Creighton.

—Voy para allá, Turner. Vaya usted tranquilo con respecto a ella. Se le hará lo que a casi nadie ha sido preciso hacer nunca. Intervendrán los mejores y más notables expertos en la materia. Espero y deseo, Turner, que todo salga bien.

Salió de la oficina con una sonrisa de aliento dirigida al hombretón. Se perdió camino de la estancia donde tenían recluida a Lena, en el pabellón-hospital de emergencia de la Jefatura Superior de Policía de Tierra y Control del Espacio de Ciudad del Cabo, anexa al Departamento de Seguridad Civil y a la propia SIP indirectamente, en la cuestión informativa y legal.

Lena dormía aún su extraño sopor de autómata, tratada con unos sedantes especiales, después de diversos y fracasados intentos para devolverle la lucidez normal.

Marge se volvió y, al reconocer a Carlo, se acercó a él con expresión contrariada.

—No hay nada positivo aún, Carlo —informó—. ¿Cree que esto se prolongará mucho?

Carlo dijo:

—No sé, Marge. Dentro de unas horas, el doctor Falvio estará aquí. Entonces sabremos lo que sucede.

* * *

El «superroutier» de línea privada y urgentísima, llegado de Europa hasta Ciudad del Cabo a velocidad extraordinaria, alcanzó el espaciódromo de Ciudad del Cabo una hora antes de lo previsto por los más optimistas.

Un turbomóvil, ya dispuesto, trasladó al eminente médico al pabellón-hospital. Allí le esperaban ya Marge, Carlo, el inspector Graham, Turner y las enfermeras. Con la paciente, en su alcoba, solamente se habían quedado el doctor Creighton y otra enfermera.

El doctor italiano escuchó el relato de Carlo y de otro doctor por el camino. Asintió varias veces y pidió con voz firme:

—Bien, señores. Vamos a ver a la paciente ahora mismo.

Le escoltaron hasta la cámara de Lena Turner. El inspector Graham comenzó a mover el picaporte, cuando el doctor Etore Falvio olfateó el aire, intrigado.

Carlo palideció. Marge cruzó con él una mirada de horror.

—¡Resina agria! —gimió el agente de la SIP—. ¡Huele a resina agria!

—¿Qué significa eso, señores? —indagó suavemente el médico.

Carlo no respondió.

En vez de eso, cargó contra la puerta de la enferma, abriéndola de un súbito golpe.

Lo sabía, aún antes de entrar. Ya era tarde, demasiado tarde para hacer nada positivo. Aquel maldito olor era allí insoportable y le recordó el horripilante panorama de aquel pozo, en la casa de Sakmo Hoffman, en los pantanos.

En tierra yacían la enfermera y el doctor Creighton, en diferentes posturas, inconscientes ambos. No les habían causado ningún mal. Solamente les desvanecieron de algún modo.

En cambio, sobre el lecho, donde poco antes reposaba Lena Hoffman, una espantosa, arrugada y terrible momia yacía, con sus facciones descarnadas, secas y rugosas, mirando hacia el techo, sin ver ya sus ojos vidriados, como cuentas de cristal sin vida.

¡Lena Hoffman, la esposa de Turner, convertida en un ser decrépito y atroz, de larga melena gris y cuerpo horriblemente envejecido por más de un centenar de años!

—Dios mío —balbuceó Carlo—. Otra vez.

El alarido de Renzo Turner, a sus espaldas, fue como el grito delirante de un ser enloquecido.

CAPÍTULO X

L A P I S T A



STABA usted en lo cierto, Bonetti. La momia del aerocohete de Sergio Anápolos era la de él mismo. Se han hecho las, comprobaciones. Todo corresponde exac-tamente.

Carlo casi no escuchó el informe. Otras cosas, más graves e inmediatas, acaparaban su atención. Cosas que acababan de suceder, que estaban sucediendo.

Todavía se hallaban los médicos asistiendo a Turner de un ataque histérico realmente terrible. Aquel hombre había amado a su mujer de un modo asombroso, para comportarse así. Marge le confesó que Lena no sintió nunca tanto amor por él como a ella la profesaba su marido. Pero tampoco fue una mala esposa, al decir de la gente.

Ahora, estaba convertida en un ser momificado, muerta sobre un lecho, víctima de una vejez, fantástica y mortal. El «Asesino del Tiempo» había vuelto a actuar. Y los labios de Lena, una testigo peligrosa para él, habían sido sellados para siempre.

Carlo aún tenía en su mente las declaraciones de todos. Aparentemente, nadie había entrado en la alcoba de Lena. Nadie había podido penetrar subrepticiamente en el pabellón clínico policial.

Pero todo eso eran apariencias. Ahora sabían que alguien tuvo que entrar. Alguien que llegó hasta su alcoba, que no llamó, según referían los ocupantes de la alcoba, el doctor Creighton y la enfermera, sino que debió entrar sigilosamente cuando ellos se encontraban en la pequeña galería del fondo, observando atentamente el exterior, esperando al doctor Falvio.

Entonces, el doctor Creighton había sentido un violento impacto en la nuca. Y después, nada... El relato de la enfermera era sorprendentemente igual. Ella había pensado maquinalmente, en el primer momento, que la enferma había vuelto en sí y se levantaba. Es decir, incluso la presencia de ese «alguien» a sus espaldas. Quiso volverse y ni siquiera llegó a completar su movimiento. Carlo la había felicitado por ello.

—Tuvo usted mucha suerte. Sí llega a volverse, hubiera encontrado la muerte. Nuestro misterioso «Asesino del Tiempo» no gusta que le vean la cara.

El fracaso era tremendo para la policía de Ciudad del Cabo, ya que sucedía en jurisdicción suya y dentro del propio recinto de los pabellones del Departamento. Pero Carlo Bonetti, sereno, procuró alentarles, opinando que nadie podía prever un golpe tan audaz y despiadado.

Ahora se confirmaba la identidad de la primera momia. Como se confirmaría la de Bowman y su novia y la de Lena. Él siempre estuvo en lo cierto. Aquel caso no había sido vulgar. Y hubo una mano criminal en él. Una mano oculta en la sombra que utilizó el siniestro hallazgo científico de aquella materia devoradora para sus fines, fuesen éstos cuales fuesen.

Marge entró en la estancia donde Carlo trataba de reflexionar y poner en orden sus pensamientos. Él alzó la cabeza, la miró fijamente y luego suspiró.

—Ya lo veo, Marge. El criminal sigue suelto. Y tiene producto para asesinar a más gente. Tal vez no disponga ya de mucho. Pero es evidente que, con pequeñas dosis, alcanza grandes resultados.

—Dios mío, pobre muchacha... —dijo simplemente Marge, estremeciéndose—. Cada vez que recuerdo su aspecto, envejecido y momificada sobre aquel lecho... Casi recordé aquella vieja historia de la ciudad tibetana de la «eterna juventud»... ¿no se llamaba Shangri-Lah? (1)

—Sí, Marge. Un lugar fabuloso, donde el tiempo se había detenido. Y al abandonarlo los hombres o las mujeres recuperaban su aspecto habitual y envejecían hasta morir. Es curioso que le recordara eso. A mí también.

—Uno de los personajes envejecía de súbito, mientras avanzaban sobre la nieve... —Marge se estremeció—. Es espantoso. No lo de Shangri-Lah, sino esto.

—Es una pesadilla abominable, Marge. Algo contra lo que el humano raciocinio se resiste violentamente... Pero que hemos de aceptar tal como es porque así lo estamos viendo, después de todo.

—¿Qué se puede hacer ahora? Con Hoffman y su siniestra vivienda, desaparece el último rastro, ¿no cree? Ahora careceremos de ideas, de pista a seguir...

—En realidad, carecemos de todo. Hasta de moral, Marge. Nos derrotaron en toda línea, ésa es la verdad.

—¿Cómo? ¿Es posible que la «Spacial International Police» se dé por vencida ya?

—Recuerde, Marge, que no es la SIP la derrotada, sino yo, personalmente. Actué como hombre particular, a mi propia iniciativa...

—Pero es un agente de la SIP. Carlo. Eso es lo que cuenta.

—Naturalmente. Eso es lo que cuenta, agente Bonetti.

Carlo dio un respingo y se puso en pie bruscamente, mirando con estupor infinito hacia la puerta de la estancia.

—¡Señor! —saludó, respetuoso—. ¡Usted en Ciudad del Cabo...!

—Me he desplazado urgentemente de Washington para verle, muchacho —sonrió animosamente Donald Callowan—. Está llevando muy bien el caso hasta ahora, a pesar de sus aparentes fracasos. Pero se equivoca en algo. No actúa por cuenta propia... sino en nombre de la «Spacial International Police».

—Pero, señor, yo...

—Vamos, vamos, muchacho. ¿De veras creyó que se le concedía ese permiso para que disfrutara de unas auténticas vacaciones? En modo alguno. Siempre estuve bien seguro de que, a la primera oportunidad, investigaría lo sucedido en el espacio, en la astronave de Sergio Anápolos. Y que lo haría mucho mejor si, en apariencia, estaba realizándolo por su propia iniciativa... aunque la SIP jamás le perdió de vista ni abandonó el caso.

* * *

Había sido toda una sorpresa para Carlo.

Ni permiso, ni abandono del caso por parte de la SIP. Callowan había interpretado una pequeña farsa, hasta convencerle de que merecía unas vacaciones. Pero en todo momento estuvo vigilado y la SIP se mantuvo en contacto con sus peripecias, para saber adónde llegaba su nuevo agente, en la que él creía íntima investigación de un enigma desechado por la policía de todos los países.

—En realidad, fue archivado sin resolver —confesó Callowan a Carlo—. Pero la SIP nunca archiva del todo un asunto. Simplemente, lo deja reposar. Un día, cuando todos lo han olvidado, incluso los delincuentes, vuelve a la luz. Usted, Carlo, solamente se ocupó de refrescar mi memoria al respecto. Pero nada más. En cuanto revisé el fichero, comprendí que usted tenía razón y que el caso era apasionante. Entonces di las instrucciones precisas.

—Siempre es un alivio, cuando uno se siente empequeñecido, saber que se tiene a toda la máquina formidable de la «Spacial International Police» detrás —comentó Bonetti, con satisfacción—. Pero me temo que les haré fracasar con mi actuación. Estoy en un callejón sin salida.

—Eso ha sucedido muchas veces, Bonetti —repuso Callowan—. Y luego, de súbito, ha surgido la luz. No desespere aún... Tal vez le tranquilice saber que ya ha ido una escuadrilla especial de científicos y técnicos de la SIP a destruir la residencia de Hoffman, con todo lo que contenía. Ese líquido pastoso que, al parecer, tiene tan particulares reacciones sobre los tejidos humanos, procede de unos árboles de Marte. En realidad, es una savia o resina gelatinosa, de gran poder corrosivo, que agosta rápidamente todo aquello que toca, hasta envejecerlo y destruirlo. Aplicado a algún otro elemento químico, en una dosis reducida, provoca esa vejez aniquiladora en escasos momentos.

—Ahora comprendo su abundancia. Y su olor a resina... —Carlo reflexionó, ceñudo—. Dios mío, si pudiera saber dónde estará ahora el culpable, quién será, por qué hace todo esto... Es como navegar siempre entre

niebla.

Callowan y Marge no respondieron. En realidad, no tenían nada que decir. Sentíanse tan a oscuras como el propio Carlo.

Éste seguía meditando. Sus ideas se entrelazaban. El recuerdo de los cadáveres descubiertos, con su espantoso aspecto... Lena, hipnotizada, en aquel corredor de la vivienda de Hoffman... Otra vez las momias humanas, pertenecientes a seres jóvenes, recién envejecidos por lo que hubiera podido parecer arte diabólico y no por la acción corrosiva de una materia capaz de agostarlo todo... Incluso el comentario de Marge pasó varias veces por su mente: la quimérica Shangri-Lah, en el corazón del Tíbet... la mujer envejeciendo sobre la nieve... La nieve...

—¡Eso es! —estalló de súbito—. ¡Ahora lo tengo!

—¿Eh? —Callowan frunció el ceño, mirándole—. ¿Qué es lo que tiene?

—La pista. He hallado una pista... Tiene que ser buena.

—Bien. Díganos cuál es, Carlo. Actuaremos como usted juzgue oportuno.

Carlo dijo:

—No, señor. Creo que es preferible que actúe yo solo. O con Marge Anápolos, como hasta ahora. Así, nadie recelará nada. Es muy importante que yo siga pareciendo un agente de vacaciones, sin el apoyo poderoso de la SIP, o de otro modo el asesino se asustaría. Y podría escapar, o forzar la situación violentamente, exponiendo a todos a un grave peligro.

—Está bien. Obre a su modo —aprobó el jefe supremo de la SIP tras una vacilación—. Pero ¿no será eso lo que implique riesgos, a la postre?

—Tal vez. De todos modos, será preciso correr riesgos si queremos echarle la zarpa a ese ser de pesadilla que siempre se nos escapa de entre las manos. Marge, ¿está dispuesta a correr otro riesgo más, que puede ser, incluso, más terrible aún que los que sufrió en casa de Hoffman?

Ella asintió. Enérgica, resuelta, sin una sola vacilación.

—Sergio murió por culpa de ese mal. Sí éste es el medio de llegar hasta el culpable de su muerte, adelante, Carlo —dijo con sencillez.

—Gracias —Bonetti oprimió con calor y simpatía su brazo—. Eso es todo. No sé lo que hubiera podido hacer sin usted, Marge.

—¿Sin mí?

—Sí. Aunque no se lo imagine, usted me dio la clave. Siguiendo el hilo de uno de sus pensamientos, surgió la que puede ser la pista que necesitábamos.

—¿Y si no lo fuera?

—Entonces... —Carlo se encogió de hombros con fatalismo—. Volveríamos a estar más en tinieblas que nunca. Y quizá para siempre.

CAPÍTULO XI

EL REFUGIO



L turbomóvil espacial planeó sobre la llanura blanca, endurecida. Marge lanzó una exclamación.

—Allí está —y señaló un promontorio de hielo y rocas.

Carlo asintió. Al pie de aquel promontorio era visible la edificación. De un material blanco, como el propio hielo, quizá a base de materias plásticas de construcción, el lugar, de no ser visto por un buen conocedor de su emplazamiento, pasaría desapercibido por completo.

Carlo estaba preocupado.

—Espero que ese hombre que tenía su marido para cuidar de esto, se halle ahí —dijo Carlo, pensativo.

—Seguro que está —sonrió ella—. Ray Charlton nunca se mueve de ahí. Es como un viejo ermitaño, al cuidado de la vivienda.

Carlo preguntó:

—¿Usted le conoce?

—No. Nunca vine con Sergio. Pero, a través de sus charlas, aprendí a imaginar cómo es. Sinceramente, Carlo, ¿cree que ahí puede encontrar algo?

Bonetti no contestó, ocupado en planear en una zona helada y firme. Marge se preguntó si no la habría oído... o era que no deseaba dar una respuesta. La turbonave se posó suavemente sobre el hielo, con su equipo especial de patines metálicos para descender en superficies heladas.

Saltaron al suelo, blanco y muy duro, empezando a avanzar por él. A pesar de los sistemas empleados en la Tierra, con aires cálidos y poderosas corrientes templadas artificialmente, el Polo seguía siendo el Polo. Y la Antártida continuaba siendo un lugar inhóspito y poco frecuentado, en especial en algunas regiones como aquélla.

—Sabía elegir su sitio de retiro —opinó Carlo—. Aquí no vendría nadie a molestarle...

Ella asintió. Estaban ya ante la casa y Carlo avanzó, disponiéndose a llamar.

No fue necesario. Se abrió la puerta de la edificación blanca y un hombre

fornido, con poblada barba blanca y rostro hermético, cubierta su cabeza por un gorro de pieles, apareció, apuntándoles directamente con un rifle anticuado, de proyectiles vulgares, pero capaz de matar a un elefante a poca distancia.

—¡Alto! —voceó el hombre—. ¿Quiénes son ustedes?

—Amigos —informó Carlo—. Y amigos de su patrón.

—El patrón murió —dijo sordamente el hombre—. ¿Creen que no escucho la radio?

—Claro que murió, Charlton —intervino ella—. Yo soy Marge. ¿Le habló Sergio de mí alguna vez?

—Oh, señora Anápolos... —el hombre bajó el arma apresuradamente, al fijar en ella sus ojos—. Claro que me hablaba de usted. Incluso me mostró fotografías suyas algunas veces. No la había reconocido, lo siento. Entren, entren, por favor.

Se hizo a un lado, dejándoles paso. Toda su hostilidad anterior había cedido. Carlo, al entrar, tiró sobre una mesa su rifle de proyectiles superexplosivos. Respiró, aliviado, comenzando a soltar su chaqueta de pieles.

—Aquí dentro se respira, diablos —comentó complacido.

—Oh, sí. El señor tenía todo bien dispuesto aquí —sonrió el viejo Charlton, con su faz broncínea y ancha—. Acomódense, por favor. Es su casa, después de todo. Muerto el señor, la casa de la señora Anápolos.

—Gracias, Charlton —sonrió Marge, dejándose caer en una butaca de espuma—. Me siento realmente cansada. El viaje no ha sido muy largo, pero sí fatigoso.

—Es comprensible, señora —ayudó a Carlo a despojarse de su chaqueta y también del cinturón con la pistola, que llevaba debajo. El viejo guardián de la casa en los hielos sonrió—: Muy armado viene, señor. ¿Va a intentar cazar osos?

—No. Busco otra clase de piezas, Charlton —rio Bonetti—. Pero aquí dentro no hacen falta las armas.

—Claro que no. El edificio está a prueba de intrusos —se inclinó sobre un resorte y lo pulsó—. ¿Ven? Con este resorte se cubre de carga eléctrica todo el edificio. Cualquiera que intentase entrar en la casa desde fuera perecería electrocutado.

—Diablos. ¿No es una medida muy fuerte, Charlton? —comentó Carlo.

—El señor lo dispuso así. Y yo no he tocado nada de cómo él lo dejó. Supongo, señora, que ahora vendrá usted a decirme cuándo debo marcharme de aquí. Esto ya no necesita de mí, puesto que el señor no volverá jamás...

—Mi querido Charlton, no sufra. Si le gusta vivir aquí, puede quedarse para siempre —sonrió ella—. No me parece mal que conserve lo que fue de

Sergio.

—Mil gracias, señora, mil gracias —se tocó con una alegría infantil su amplia barba. Luego, en los ojos verdes y estrechos del hombre brilló la luz de la gratitud—. Supongo que querrán comer, ¿verdad?

—Sí. Nos gustaría probar alimentos de verdad. Sabrosos y calientes. Nada de píldoras, vitaminas y todo eso, Charlton...

—Enseguida estoy con ustedes —sonrió el hombretón, alejándose ágilmente hacia la puerta del fondo. En el umbral, se detuvo. Volviéndose, dijo—. Si quieren estar más confortables, vengan conmigo.

Carlo le siguió, tomando por una mano a Marge. La aguda mirada del viejo Charlton observó ese gesto, pero no dijo nada. Les precedió hasta un gabinete cálido, con una radio antigua, publicaciones atrasadas y libros diversos. Había dos asientos allí.

—Aquí pasábamos días enteros el señor y yo —explicó Ray—. Él leía. Leía siempre...

Se quedaron allí. Charlton se disculpó al salir. Iba a preparar la comida caliente que les pedía sus organismos, no habituados al frío de la Antártida.

—Bueno, Marge, ya estamos aquí —observó risueñamente Carlo—. Todo parece normal, ¿no cree?

—No, no lo creo —declaró inesperadamente Marge.

—¿Por qué? —Carlo enarcó las cejas, mirándola con sorpresa—. No entiendo...

—Ese hombre, Charlton... Ha mentido.

—¿En qué?

—No puede conocerme. Casi nunca me hago fotografías, ni Sergio era amigo de llevar fotografía alguna de mí. Además...

—¿Qué? —sonrió Carlo.

—No sé... Hay algo en ese hombre que no me gusta. No parece tan viejo como decía Sergio, a fin de cuentas.

—Claro que no —rio el joven agente de la SIP—. ¿Es que no se ha dado cuenta?

—¿Cuenta de qué? —se extrañó ella.

—De que ese hombre NO ES RAY CHARLTON.

* * *

Un silencio. Luego, la voz ronca de Marge, interrogó:

—¿Qué no es Charlton? Pero, entonces... ¿quién es él? ¿Quién?

—Se lo diré, Marge. Siempre nos hemos preguntado por qué mataba nuestro fantástico personaje por medio de esa droga horrible que envejece

hasta momificar. Hemos buscado versiones tan extrañas que no encontrábamos la más simple de todas: porque la muerte por medio de esa vejez exagerada DEFORMA A LOS SERES HASTA EL PUNTO DE HACERLES CASI IRRECONOCIBLES. Usted misma ignoró que Sergio fuese aquella momia, hasta que yo aventuré mi teoría.

—Cielos, es cierto. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Déjeme continuar, Marge. Su marido era realmente quien murió. No hubo engaño. Luego, encontramos nosotros otros dos cuerpos: Lem Bowman, el secretario de Sergio, y su novia, amiga o lo que fuese. No había duda de que eran ellos, ¿verdad?

—Oh, claro que no.

—¿POR QUÉ NO? —cortó vivamente Carlo—. Sólo porque estaban en casa de Bowman.

—No, no. Y porque tenían los ojos verdes...

—Es que Ray Charlton TAMBIÉN TIENE OJOS VERDES, ¿no lo ha advertido?

—¡Dios mío! ¿Qué horrible cosa quiere dar a entender?

—Ésta: en casa de Bowman murió la chica amiga de él, sin duda alguna. Y un hombre de contextura y edad similares a Bowman, con ojos igualmente verdes. El escenario era perfecto. En esa ocasión, se comprendería que eran ellos los muertos. Luego, hallaríamos la resina en casa de Hoffman y todo iría sobre ruedas. Asunto resuelto.

—No entiendo eso del todo, Carlo.

—En cuanto comprendí eso, vi claro que todo estaba encaminado a matar a Sergio Anápolos y nada más. Todo lo otro era secundario. El medio de matar era ingenioso. Lo habían utilizado gracias a un hallazgo de Sakmo Hoffman, que en mala hora conservó él, esperando con tal producto aniquilar ciertos microbios y bacterias, pero nunca vidas humanas. Seguramente Hoffman terminó en el fondo del pozo de materia corrosiva o encerrado en alguna parte, por la razón que ahora va a saber.

—Tiene entonces la forma de matar y el posible papel inocente de Hoffman. ¿Cómo va a probarlo? ¿Qué explicación tiene todo?

—Recuerde lo de Bowman. Su esposo le despidió, ciertamente, porque había descubierto un pequeño desfalco. En realidad, no era sino un señuelo. Así echarían a Bowman de la empresa, que era lo que él quería, y entonces podría disfrutar de la fortuna que, en realidad, había robado hábilmente. Una fortuna en piedras preciosas y en «créditos».

—¿Bowman robó una fortuna?

—Sí. Sergio se enteró de eso el día que salió con su nave. Iba a volver para hablar con Bowman y pedirle esa devolución o dar cuenta a la policía. Por eso estaba tan excitado que no atendió apenas al pobre De Motz en sus demandas

de firmar la sociedad. De Motz sospechaba algo de Bowman también. Y Sergio debió hacerle preguntas que lo aclararon todo. Bowman era un guapo mozo, ¿verdad?

—Oh, sí, lo era... —asintió Marge—, y muy suelto con las damas...

—Así le fue fácil conquistar a la esposa de un famoso industrial: Lena, la mujer de Turner.

—¡No!

—Sí, Marge. La conquistó. Lena estaba dispuesta a separarse de Turner. Todos coinciden en afirmar que ella no le amaba y que él tenía una amargura en ese terreno. Lena amaba a otro y Turner lo sabía. Pero ignoraba a quién. Llegó a creer que era a Sergio, nunca a su secretario. Y Lena Turner planeó el juego. Ella, como hermana de Hoffman, se apoderó de la materia y se la proporcionó a Bowman. Inyectaron a Sergio o se lo administraron en alguna bebida en un bar. Es fácil situarse junto a uno y escanciarle un veneno en el vaso, después de todo. De ese modo, Lena y Bowman poseían todo cuanto les era preciso. Dinero —del que ella no sabría prescindir—, y su amor. Bowman engañó a la pobre chica que decía era su novia. La mató y la situó junto al infortunado a quién debió contratar como «doble» suyo, sin que el pobre diablo llegara a imaginar el destino a que estaba reservado.

—Dios mío, ¿cómo puede asegurar tal cosa? Es monstruoso, Carlo...

—Pero cierto. Así, todo encaja. Recuerde el ataque en la carretera: conducía una mujer. Y en casa de Hoffman, Bowman escapó mientras Lena, fingiendo una hipnosis provocada, nos iba a matar... o al menos, nos entretenía. Por eso le dije que Hoffman acaso esté encerrado. Lena no mataría a su hermano. Pero pudo suceder que Bowman lo matase a espaldas de ella, sin revelárselo.

—Pero, después... ¿por qué mató a Lena? ¿Por qué tuvo que eliminarla también?

—Es el segundo golpe en que les resultaba útil esa muerte por vejez — sonrió Carlo—. En realidad, NUNCA MATARON A LENA. Se repitió la historia de Bowman. Recuerde, lo que dijo una enfermera. Le pareció que Lena se levantaba... ¡y era cierto! Ella se levantó, golpeó a los dos, hizo una señal rápida al jardín del pabellón, donde ya debía de estar Bowman con una momia que había de pasar por Lena. Otra víctima, elegida previamente para la farsa. Luego, tras cierto tiempo de vida, aislada; lejos de quienes pudieran conocerles, el retorno a la vida, cargados de dinero, operados facialmente acaso... y todo solucionado.

—¿Entonces, se le ocurrió venir aquí?

—Sí. Pensé que era el mejor lugar del mundo para vivir oculto. Como Shangri-Lah, ¿recuerda? Y un hombre y una mujer que en realidad seguían viviendo y siendo jóvenes, a despecho de sus momias, dispersas dramáticamente por ahí. Nuestro «Asesino del Tiempo» resultó ser plural. Y

algo menos fantástico de lo que parecía.

—¿Y... el verdadero Charlton?

—Ya puede imaginarlo. Seguramente su momia yacerá bajo el hielo.

—Dios mío —se estremeció Marge—. ¿No corremos peligro aquí?

—Es evidente —asintió Carlo—. Iré ahora a por las armas. Si Bowman descubre que conozco su identidad, vendrá a matarnos. Lena debe de estar también oculta en algún sitio de esta casa. Bowman se disfraza muy bien, pero sus verdes ojos son muy delatores...

Se incorporó, disponiéndose a volver a por sus armas.

Pero no se movió ni un paso más. La puerta había vuelto a abrirse. Marge gritó.

Allí estaban los dos; Lem Bowman y Lena. Los dos erguidos en la puerta, armados, dominando la situación totalmente. Sonreían con cinismo. Lena aún vestía como en la clínica. Evidentemente, hasta habían cuidado de vestir igual a la momia, para hacer el fraude.

—No se mueva, Carlo Bonetti —avisó Bowman, bajo su caracterización del viejo Charlton—. Ha sido un necio en explicarle todo eso a la señora Anápolos, aquí. Algo que no está en consonancia con su inteligente exposición de los hechos. Apenas si ha olvidado algún detalle...

Carlo miró a Marge. Luego, serenamente, a los dos monstruos, armados precisamente con sus propias armas. Charlton esgrimía el rifle de granadas superexplosivas. Ella, la pistola de cargas térmicas.

—¿También usted sospechó de mí, Bowman? —preguntó Carlo fríamente.

—Sí. No me gustaba su presencia aquí. Me quedé a escuchar y oí lo bastante como para correr a avisar a Lena —sonrió fríamente—. ¿Qué prefiere, Bonetti? ¿Morir dulcemente, de puro viejo, o recibir una de sus cargas explosivas en la cabeza?

—Tanto me da, Bowman. Pero será a usted a quién no le darán a elegir. Le espera la cámara de la muerte. Y también a Lena... Lo sentiré por Turner. Él la ama...

—Ese chiflado... —dijo ella, despectiva, con expresión perversa—. ¡Le odio! Algún día le inyectaré el suero de la ancianidad.

Rio malignamente. Bowman parecía impaciente por zanjar la escena No se fiaba de Bonetti, era evidente.

—Acabemos —dijo, glacial—. Usted se lo ha buscado, Bonetti. Y le ha reservado el mismo lamentable destino a la señora Anápolos. Lo lamento por los dos...

Ambos iban a disparar. Carlo sonreía, sereno, dueño de sí. Hundió las manos en los bolsillos, con indolencia.

Bowman apretó el gatillo del rifle. Lena el de su pistola térmica.

Marge gritó roncamente. Pero no sucedió nada. Aún estaban ambos con vida. Y ahora era Carlo Bonetti quien en sus manos, recién sacadas de los bolsillos, esgrimía dos tubos corrosivos, con los que apuntó a ambos.

—El juego ha terminado —avisó—. Pero ganan mis cartas, asesinos. ¿O suponían que iba a dejar las armas a su alcance... y cargadas?

Demasiado tarde, advirtió el falso Charlton su error. Furioso, quiso hacer algo, pero la visión del tubo corrosivo le frenó. En cambio, Lena fue más audaz. Tiró la pistola. Y, rápida, saltó como un tigre sobre Marge. En su zurda brilló siniestra una aguja de acero, al final de una esferita de vidrio de líquido gris.

Carlo no tuvo piedad ahora. Disparó el chorro corrosivo sobre el rostro de la hermosa mujer. Ella chilló en la horrible y fugaz agonía, se revolcó, al caer en tierra, derritiéndose su faz, su cráneo entero. Carlo, muy pálido, musitó, viendo a los pies de Marge la aguja y el siniestro recipiente:

—Lo siento. Tenía que evitarlo, Marge. Un pinchazo significaba su fin, su transformación en momia. Además, así es mejor. Se desintegra. Nunca podrá demostrar usted, Bowman, que Lena no murió en la clínica. Eso hará mucho bien a Renzo Turner. Es preferible que viva con un buen recuerdo de ella.

El falso Charlton, Lem Bowman, inclinó la cabeza, horrorizado. Ya apenas si quedaba nada de Lena, sometida a la acción corrosiva del potente ácido concentrado.

Marge, apoyada en el hombro de Carlo, sollozaba.

CONCLUSIÓN

—Bien, Carlo. Todo salió como usted esperaba. Pero fue muy arriesgado.

—Había que hacerlo, señor. O el asesino se nos hubiera ido de las manos. Por fortuna, mi teoría resultó cierta.

—Ya teníamos rodeada la casa. Bowman y la mujer jamás hubieran huido de allí. Pero lo importante era evitar que pereciesen ustedes.

—Y se evitó —sonrió Carlo—. Ahora, señor, si me lo permite... continuaré mis vacaciones. ¿O concluyó ya mi permiso?

—No, Bonetti, no ha terminado... Y, por desgracia, no creo que llegue nunca a terminar —suspiró Callowan, encendiendo uno de sus habituales cigarros con gesto pensativo.

—¿Por qué, señor?

—Usted fue un buen agente de la SIP, muchacho. Entró por un egoísmo propio: descubrir lo que le intrigaba. Pero fue miembro de la «Spacial International Police», fue digno de ello en todos los terrenos. Será una lástima que haya pasado tan fugazmente por nuestro organismo.

—No le comprendo, señor. ¿Es que me despide?

—No, hijo. Se despedirá usted mismo. Esa mujer, Marge... Es muy bonita y muy joven aún. Haría falta estar ciego para no ver que está loca por usted... y usted por ella. Y recuerde, amigo mío, que un agente de la SIP, al casarse, es baja automática.

—Pero, señor, yo no...

—Vamos, muchacho —rio Callowan, fumando su habano con fruición—. De eso entiendo yo mucho más, aunque ya no sea joven... ni nadie se haya enamorado de mí.

Rio de nuevo y palmeó las espaldas de Carlo Bonetti que, sin saber qué decir, sonreía



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Qué relación podía existir entre los desconcertantes misterios que envolvían

LA TORRE DE LA GALAXIA

y la pérdida de siete naves de líneas comerciales del espacio?

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

7 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 12 pesos

Notes

[←1]

Referencia a la ciudad y al tema de la novela de Hilton, «Horizontes Perdidos», llevada también al cine, que trataba el tema de la juventud eterna.